VICTOR PEREZ PETIT

CAN[illegible]A RAZA

UNIV. OF ARIZONA
mn
861.69 P43c
Perez Petit, Victor/Cantos de la raza
3 9001 03795 7761

EDITOR: MAXIMINO GARCIA
SARANDI - 477 - MONTEVIDEO
MCMXXIV

CANTOS DE LA RAZA

OBRAS DE VÍCTOR PÉREZ PETIT

	VOLÚMENES
La libertad de testar y la legítima (agotada)	1
Zola (agotada)	1
Los Modernistas (2.ª edición, agotada)	1
Cervantes (agotada)	1
Gil (novelas y cuentos)	1
Joyeles bárbaros (sonetos)	1
Civilización y barbarie (agotado)	1
Teatro—I. Cobarde (3 actos)	
Claro de Luna (1 acto)	1
Yorick (4 actos)	
Teatro—II. El esclavo-rey (3 actos)	
La Rondalla (3 actos)	1
El baile de Misia Goya (1 acto)	
(*) Teatro—III. La ley del hombre (3 actos)	
Mangacha (3 actos)	1
Noche Buena (3 actos)	
(*) Teatro—IV. El Príncipe Azul (3 actos)	
Los Picaflores (3 actos)	1
La Rosa Blanca (3 actos)	
Rodó. (Su vida y su obra) (agotada)	1
Entre los pastos (novela) (1.ª edición, agotada)	1
(*) La Isla de la Harmonía (versos)	1
(*) Las Alas Azules (versos)	1
(*) Las Campanas del Crepúsculo (versos)	1
(*) Tropicales (versos)	1
(*) El Parque de los Ciervos	1
(*) El hijo de la Muerte	1
(*) El libro de Asclepigenio Sández	1
(*) La iluminación de las palabras	1
(*) Cuentos del Fogón	1
(*) La Ciudad del Espíritu	1
(*) Hipomnemo (crítica):	
I. Los ojos de Argos	1
II. La lámpara de Cassiodoro	1
III. La Cruz del Sud	1
IV. El jardín de Pampinea	1
V. Las tres Catedrales	1
VI. La montaña de esmeraldas	1

NOTA.—Los títulos señalados con asterisco esperan editor.

VÍCTOR PÉREZ PETIT

CANTOS DE LA RAZA

Editor: MAXIMINO GARCIA
SARANDI 477 - MONTEVIDEO
1924

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

Imp. «El Siglo Ilustrado», de Risso y Ayala, San José, 938.

861.69
P43c

4/45 - 06178 Span. $1.00

EL VIAJE ENCANTADO AL SOLAR ESPAÑOL

(1923)

166595

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/cantosdelaraza0000vict

EL VIAJE ENCANTADO AL SOLAR ESPAÑOL

EL POETA

(*En pie, sobre el umbral de la tierra nativa, frente al mar inmenso que se va hacia los horizontes para besar con sus ondas las playas de la otra tierra lejana, la lira en alto entre sus manos ofrendatorias, las sienes al viento, todo exultante de amor, de orgullo y de piedad filial, así canta el poeta su invocación*:)

Casona familiar de los abuelos
toda llena de duendes y memorias,—
trágica, a veces, de imponentes duelos,
grande, siempre, de fúlgidas victorias:—
casona de dentados almenares
y de salas de bóvedas obscuras,
donde aún suena un revuelo de cantares
y un crujido de férreas armaduras:
casona de los patios de azulejos,
de las fuentes cantantes de agua clara,
donde limpio el honor, en cien espejos,
de doncellas e hidalgos se fijara:
noble solar de mis antecesores
todo sembrado por su esfuerzo mismo,
y por ello encendido con las flores
vivas de la virtud y el heroísmo;

en el que siempre el ideal asoma
detrás de cada lucha o quijotada;
en el que siempre un gran amor aroma
siquiera sea en una flor cortada:
solar de los preclaros caballeros
que en lides de soberbias altiveces
rompieron una lanza por sus fueros,
honrando el resplandor de sus arneses,
y supieron cantar a una doncella,
y supieron morir por una dama,
y mantuvieron vívida la estrella
de la fe y el honor, y al mundo todo,
en los días de lívida memoria,
enseñaron heroicos de qué modo
cae un vencido en brazos de la gloria:
patria del sol, llameante de fulgores,
sonora de cantares y alegrías;
grande entre las más grandes y mejores
en los antiguos y presentes días;
adusta, en sus desplantes de arrogancia;
sencilla, en sus minúsculos quereres;
perpetuamente envuelta en la fragancia
de sus flores, que son como mujeres;
patria esforzada, cuya limpia historia
es lo mismo que un templo de alabastro
todo vestido en un fulgor de gloria
por la luz milenaria de algún astro;
grande, con sus varones inmortales;
ejemplar, con sus cruentos sacrificios;
crujiente de batallas fantasmales;

épica y colosal hasta en sus vicios;
soberbia, con sus reyes imponentes
entre todos los más altivos reyes,
porque supieron ser entre sus gentes
la encarnación viviente de las leyes,
y fraternal, también, en estas horas
en que se impone el verbo igualitario,
porque sabe de turbas redentoras
que escalan el Olimpo o el Calvario:
patria de los serenos corazones
que ningún ideal por grande aterra,
que un día, desbordando las naciones,
su frontera trazó en toda la tierra,
y en Flandes abatió con sus banderas
un gran enjambre de águilas caudales,
y al Africa llevó sus altaneras
legiones, en el mundo sin rivales,
e impuso a Roma de Alejandro VI
con el Gran Capitán su valentía,
y toda la Alemania ató al cabresto
de Carlos V en un tremendo día,
y al indomable turco allá en Lepanto
con Juan de Austria y su invencible flota
lanzó sobre las alas del espanto
por la ruta fatal de la derrota,
y, cada vez más grande, en los ardores
de su fiebre triunfal, en lid homérica
lanzó el tropel de sus Conquistadores
sobre la selva virgen de la América:
¡España! ¡noble España!, la invencible,

la más bella de todas las naciones,
la ungida por la gloria inmarcesible,
la que habla con la voz de sus cañones
al furente invasor y sin alarde
patriótico le hiere con el rayo
del hierro de Daoiz y de Velarde
en el día triunfal del 2 de Mayo:
¡España! ¡España Grande! ¡España mía!
el más bello de todos los vergeles,
donde colgó su nido la poesía,
donde aroman más dulce los claveles,
donde las piedras son como festones
en los patios, cornisas y ventanas,
donde arden de piedad los corazones
cuando pasa un volido de campanas,
donde en los campos suenan las esquilas
sobre la paz lilial de las auroras,
donde son como llamas las pupilas
y cual granadas las bellezas moras:
¡España! ¡madre España! la más noble,
la más buena también entre las buenas,
que nos legó su corazón de roble
con la sangre gloriosa de sus venas;
que nos hizo valientes y esforzados,
soñadores, hidalgos y poetas;
que nos quiso, también, enamorados
de las flores del alma más discretas;
madre, que de su amor en testimonio
nos ofreció como canción de cuna
y como el más preciado patrimonio

un idioma de luz, que es tal como una
"Ave María" de creyentes labios,
una "Salve" inmortal de resplandores,
con el cual presentamos los más sabios
pensamientos en búcaros de flores:
¡España! ¡madre España!, tierra santa
de todos los arrestos castellanos,—
¡heme postrado ante tu regia planta,
trémulo el corazón, puras las manos,
todo lleno de orgullo y de alegría,
santificado por la luz del arte,
para decir tu sin igual poesía,
para cantar tu gloria, y adorarte!

UNA VOZ

(*Sobre la inmensa inquietud del mar, entre una nube blanca y esponjosa, surge la Voz que oirán siempre los americanos mientras su idioma sea el idioma de sus mayores; y esa Voz dice así*:)

Oigo tu voz, Poeta, y al oirla
siento en el alma una auroral frescura:
es que hablas un lenguaje de hermosura
que mis gentes llevaron a tu tierra
cuando un día lograron descubrirla.
Y oigo tu corazón, que amante encierra
tesoros de ternura,
palpitar a compás, batiendo palmas,
que es así como vuelan
cuando ofrendan su amor las nobles almas.

Yo acepto tu cantar. Es mi embeleso
en tus labios oir mi propio idioma,
que siempre en el cantar de un hijo asoma
para la madre un cariñoso beso.
Yo acepto tu cantar, porque en tu acento,
tan amoroso cuan viril e hidalgo,
descubre mi afán algo
de mi propia hidalguía y sentimiento.
También yo amo la estirpe americana,
que es mi estirpe. Su sangre, que es la mía,
ardió orgullosa un día
en cien combates fieros,
para arrojar mi hueste castellana
de su solar nativo. En sus bridones,
heroicos, denodados, altaneros,
lidiaron cuerpo a cuerpo aquellos gauchos
con mis gentes de guerra, exasperadas,
sin volverse hacia atrás; los corazones
siempre en alto; brillantes las miradas
de heroico sacrificio y de denuedo;
sin conocer el miedo,—
como cuadra a cachorros de leones.
Y aunque en aquella fecha ya remota
el dolor me azotó en los más secretos
pliegues del corazón, con la derrota
de mis hijos, hoy vuelta de mi agravio
se envanece mi labio
al proclamar el triunfo de mis nietos.
¡Dignos fueron los gauchos denodados
de los altivos tercios españoles!

Hoy al volver mis ojos hacia ellos
y al verlos otra vez entrelazados
del amor fraternal con los destellos,
comprendo aquella convulsión de soles:
para fundir el alma americana,
toda altivez y rebeldía fiera,
con la alma castellana,
todo ímpetu y virtud conquistadora,
era preciso una infernal hoguera,
era preciso una sangrienta hora.
Canta, pues, ¡oh, Poeta!, la grandeza
de este vergel tan bello y tan querido,
que es signo de nobleza,
que es de hombre bien nacido,
honrar la cuna en que meció su sueño
una madre doliente y solitaria,
y honrar la madre que con santo empeño
puso todas las noches en su frente
un beso, y en el beso, una plegaria.

(*Apenas se ha extinguido la Voz de la madre incomparable, surgen al lado del Poeta dos formas aéreas. Es la una, la de una mujer alta y esbelta, de cabellos rubios ceñidos por un casco, de ojos azules en medio de un rostro hermoso y severo, la cual mantiene una lanza en la diestra y embraza un escudo con el siniestro brazo, vistiendo peplo y con la égida sobre el pecho: parece toda envuelta en un resplandor de esmeralda. Es la otra, la de una mujer morena, de una belleza tranquila, prietas las sienes dentro de la corona de laurel, que mantiene en las manos un rollo y un estilo: parece que sus ojos pro-*

fundos hurgan la noche del pasado. Y estas dos sombras, de pronto, arrebatan al Poeta y le llevan por el aire, sobre la inmensidad Atlántica, hasta alcanzar la vieja y gloriosa tierra, que muy luego recorrerán en un viaje milagroso y encantado. Por tal modo, ante los ojos atónitos del Poeta, van surgiendo, una tras de otra, como en un sueño, las rutas grises y polvorientas de Castilla, los fastuosos escenarios de Asturias y de Galicia, la naturaleza hirsuta de Aragón y Navarra, la huerta dorada de Valencia, el paraíso perfumado de Andalucía. Y en el curso del viaje sobrenatural, Minerva adiestra al Poeta con sus luces y sabiduría, y Clío le repite al oído los nombres que ilustró la fama. Y he aquí cómo el poeta canta los hombres, las ciudades y los paisajes.)

EL POETA

A la sombra azulada de los montes
que del cabo de Creus al Finisterre
cierran los horizontes
en una marejada de silurias
excrecencias, un valle se prolonga
y una cueva descubre su dosel:
aquel valle tranquilo es Covadonga,
y la cueva, el refugio del Uruel.
Allá, en aquel rincón de las Asturias,
sobre las rocas de empinada arista,
los que huían la oleada sarracena
detuvieron la planta, y con serena
porfía, comenzaron
del solar español la reconquista.

Lidia porfiada, sin cuartel, tremenda,
que durante ocho siglos, todos llenos
de blancos albornoces sarracenos
y de férreos jinetes de leyenda,
fué ensanchando el solar de los mayores
por tierras de Navarra y de Castilla.
En avances fulmíneos, como el rayo
que ahonda el corazón de los alcores
con tajos deslumbrantes de cuchilla,
se ve la sombra inmensa de Pelayo
caer sobre la turba de invasores
al frente de su hueste
hirsuta y decidida;
y luego, en un plateado resplandor
de milagro eucarístico, la veste
blanquísima del Cid Campeador
marcando en la batalla enfebrecida
el sitio del peligro y del honor.
¡Días grandes, inmensos, todos rojos
de coraje y dementes entreveros
en que se iban volando los despojos
humanos al voltear de los aceros!
¡Días torvos, sonantes de armaduras
y pesados de hierros, encendidos
con la plata lunar de los bruñidos
cascos y arneses, todos embrujados
con las trombas de polvo que envolvían
el galope de las cabalgaduras
y el encuentro feroz de los soldados
que matando morían!

¡Días negros en que las ambiciones
sacaban a la orilla su resaca,
cuando don Sancho, de la gente mora
olvidando las rojas invasiones,
iba contra su hermana doña Urraca
y daba cerco a Toro y a Zamora!
¡Días de Calatrava y Zaragoza
en que la infiel mesnada
traspuso, ya vencida, la cadena
de la Sierra Morena,
para caer deshecha en la jornada
épica de las Navas de Tolosa!
Días que vieron la sin par grandeza
de las cortes de Burgos y Toledo
y de Valladolid, todo realeza,
todo privanza palaciega, todo
cortesía o enredo,
con la influencia de duques y de infantes
y los dramas terribles
de señores altivos y arrogantes:
cortes de Sancho el Bravo, el ambicioso,
y de Pedro el Cruel, el de irascibles
arrebatos;—de cuyo noble seno,
ante las huestes moras del Califa,
surgió un día el denuedo prodigioso
de Alonso Pérez de Guzmán el Bueno
sobre el muro invencible de Tarifa;—
de cuyo seno ardiente y venerando,
siempre lleno de un épico latido,
siempre en pos de aventuras y novelas,

en tiempos de Isabel y de Fernando,
salieron tres humildes carabelas
para arrancarle un mundo
a la entraña del mar desconocido!
¡Días que hicieron, con porfía y saña,
el renombre de las gentes iberas,
y en el mapa ensancharon las fronteras
de esta tierra que es hoy tierra de España!

UNA VOZ

(*desde lo alto, como un rayo de sol que se desprende de las nubes, en una anunciación de gloria*:)

Oigo tu voz, Poeta, y al oirla
siento en el alma una auroral frescura:
es que hablas un lenguaje de hermosura
que mis gentes llevaron a tu tierra
cuando un día lograron descubrirla!

EL POETA

(*vueltos ahora los ojos hacia la tierra maravillosa que corre bajo su vuelo, celebra así sus características*:)

Toledo.

Sobre un peñón granítico, penedo
tallado entre los montes por el Tajo
en un curso de siglos con trabajo
de roedor titán, se alza Toledo.

Blanquea arriba el caserío en ruedo
con su alta Catedral y el espantajo
del Alcázar; en tanto que allá abajo
corre el río espoleado por el miedo.

Desde el puente de Alcántara los lares
de aquella enorme isla del Destierro
arden al sol su amarillenta arcilla;

y la abrupta muralla de almenares
remeda una corona oval de hierro
mandando en los dominios de Castilla.

Burgos.

A la sombra abacial de su colina,
festonada de obscuros olivares,
la tranquila ciudad sus seculares
piedras aduerme en una paz cansina.

Alza la Catedral la muselina
de sus torres labradas; en millares
de arabescos esplenden los altares;
todo en dibujos el crucero trina.

Y es aún el pentágono en arcadas
de la Plaza Mayor; y la Cartuja
de Miraflores, de primores llena;

y allá en lo alto, las piedras calcinadas
del Castillo, do ronda el alma bruja
del Cid Campeador y de Jimena.

Ávila.

En medio de las sierras, la oleada
formidable de pétreos murallones
evoca aquellos tiempos de invasiones
salvajes y de guerra despiadada.

Detrás de la muralla, reforzada
aún por los ventrudos torreones,
Ávila reza a Dios sus oraciones
con devota piedad arrodillada.

Y, por tal modo, la ciudad que mece
el Adaja,—que va por los cercanos
montes saltando los despeñaperros,—

como un arcaico símbolo aparece
de aquellos caballeros muy cristianos
que a la liza bajaban todo en hierros.

Segovia.

Y henos aquí, por fin, frente a Segovia,
con su acueducto formidable, el muro
de su Alcázar, y el flanco todo obscuro
con la invasión de pinos que le agobia.

Parapetada tras sus piedras, obvia
el enemigo asalto y da seguro:
es una fortaleza que al conjuro
nació de un tiempo de guerrera fobia.

Y por eso, en la roca en que se asienta,
con sus casas que están agazapadas
sobre el suelo, y sus calles tortuosas,

es la Ciudad una visión violenta
del ciclo medioeval, en que, sitiadas,
las urbes defendíanse rabiosas.

Valladolid.

Valladolid es la ciudad-memoria:
en cada piedra hay un recuerdo; en cada
callejuela se agita una embrujada
sombra que un día recogió la historia.

Allí Fernando e Isabel su gloria
bajo el velo nupcial vieron colmada;
allí el Duque de Lerma y Torquemada
impusieron su ley conminatoria.

Allí Juana la Loca vió en blandones
vueltas las luces de su desposorio;
allí murió Colón sin galardones;

allí ensoñó Zorrilla su "Tenorio"
contemplando la arcada de festones
del claustro rectoral de San Gregorio.

León.

Es tal que una medalla religiosa
cincelada por un místico orfebre,
en la que no hay un esmaltín que quiebre
la harmonía serena y prodigiosa.

Contemplando su plaza silenciosa,
sus conventos ardidos por la fiebre
cristiana, desde el pórtico al pesebre,
y tal cual callejuela tortuosa,

el alma evoca aquellos siglos de antes
en que por la ciudad las procesiones,
los torneos y fiestas fulgurantes,

alzaban un jardín de apariciones
con tapices, banderas y gualdrapas,
lanzas, cimeras y flotantes capas.

La Catedral de León.

Ligera, esbelta, toda en rizos, salta
en un milagro de pasión al cielo,
que tiene en su ascensión ansias de vuelo
y una noble y profunda fe la exalta.

Su torre del Reloj, florida y alta,
hiende el espacio azul como un anhelo;
y en su portal, como ilustrando el suelo,
Nuestra Madre la Blanca en pie resalta.

Todo en la Catedral es crepitante
floración de azucenas eucarísticas:
el crucero, la cimbra, el arbotante,

la gran rosa, las cúpulas artísticas:
que la piedra tallada con fe ciega
canta y aroma, se arrodilla y ruega.

Salamanca.

En la plazuela donde se alza el busto
de Fray Luis de León, breve y tranquila,
se aduerme en un letargo de Sibila
un solemne edificio algo vetusto.

Es la Universidad, el templo augusto
que otrora fuera como la pupila
del saber español; mas, hoy, vacila
y el verbo de Unamuno oye con susto.

Allí, en las viejas aulas, profesaron
muchas generaciones de estudiantes
que luego orgullo de la patria fueron;

las mismas que algún día contemplaron
la Casa de las Conchas en instantes
de alegría que nunca más volvieron.

La Mancha.

Todo está igual, que no ha cambiado nada:
el paisaje, los hombres. La manchega
planicie que el Guadiana apenas riega
parece bajo el sol hipnotizada.

Aquí, una aldea triste y agrietada;
luego, una ruta cuyo polvo ciega;
un mesón, un olivo, alguna hanega
con su molino de aspas, asoleada...

Todo está igual como lo vió Cervantes
cuando dió en escribir su gran librote;
y, sin cerrar los ojos, los viandantes

pueden ver por la ruta a Don Quijote
persiguiendo quiméricos gigantes
con Sancho Panza sobre el asno al trote.

Velázquez.

Es del arte pictórico el monarca.
Nadie como él desentrañó la esencia
del alma del color. Es la conciencia
de la luz. Del dibujo es el jerarca.

Toda la vida en su paleta abarca:
el señor y el bufón; la penitencia
y la alegría; el sol de la existencia
y la tiniebla de la noche parca.

Tras los rostros, anima corazones;
tras los ojos, las almas femeninas
y los instintos de hombres y muchachos:

y es el prodigio así de los "bufones",
la pompa señorial de las "meninas"
la ardiente saturnal de los "borrachos".

Madrid.

Y ese es Madrid, el que yo siempre he amado,
—la Corte espiritual de la Belleza,—
no el del "Café" que fuma y que bosteza,
sino el que esplende con su luz del Prado.

El que en vivos sainetes ha pintado
don Ramón de la Cruz con gran majeza;
el que después, con mucha sutileza,
Mesonero Romanos ha evocado.

El Madrid que bordea el Manzanares,
con su Puerta del Sol y su Retiro,
su calle de Alcalá y su Cibeles,

lleno de cigarreras, de cantares,
con sus días de un límpido zafiro
y sus noches nevadas y crueles.

El Escorial.

El inmenso rectángulo de piedra
sin ornamentos, gris, sombrío, mudo,
cual un fantasma pavoroso y rudo
hipnotiza al paisaje. Es una ledra

arquitectura dórica. La yedra
no ríe sobre su real escudo.
Todo es árido allí; todo es sañudo;
todo angustia el espíritu y le arredra.

Se siente el frío de esas muertas cosas
que la luz del amor no conocieron;
que fueron siempre tristes y mohosas;

que muriendo sin fin siempre vivieron;
se siente al Rey glacial, huraño y bravo,
dueño del mundo y de su credo esclavo.

Cervantes.

Gran Señor de las letras castellanas,
de los ingenios Príncipe encumbrado,
tan ingenioso y grande que, a su lado,
son los otros cual gentes aldeanas;

osado paladín que a las livianas
justas de un arte tonto y rebuscado,
entróse a risotadas y baldado
dejóle con sus burlas y jaranas;

inmortal creador de Don Quijote
y del buen Sancho Panza,—ese profundo
dilema del espíritu del hombre:—

eres de España tan soberbia dote,
que al perder su corona al Nuevo Mundo,
el fiel equilibró tu solo nombre.

Aranjuez.

La Casa visitad del Labrador
y habréis visto la joya de Aranjuez,—
todo cuanto el capricho y la altivez
de un monarca soñó como esplendor.

Las regias salas enjoyadas por
nácares y oros, lucen a la vez
tapices de sedeña morbidez
y mosaicos de histórico valor.

Pero, el lujo restalla omnipotente
en aquel Gabinete de Platina
que parece un delirio del Oriente:

lleno de incrustaciones, con alarde
de metales preciosos, de repente
como visión lunar se enciende y arde.

Guadalajara.

El marqués Diego Hurtado de Mendoza
fué un muy noble señor, a cuyo lado
el Palacio surgió del Infantado
con ornamentos de real carroza.

Olvidando lo gótico, remoza
el estilo mudéjar trabajado,
y es entonces un rico artesonado
o el patio que en guirnaldas se alboroza.

Hoy la vida cruel ha envilecido
de la vieja mansión las nobles sienes
con grotescos y sórdidos ultrajes,

y así es como el viajero sorprendido
ve las muestras de toscos almacenes
donde fué la gran Sala de Linajes.

Sigüenza.

Vieja ciudad de piedras arrugadas
por la vejez; en el silencio hundida;
siempre con la visión despavorida
del Castillo en las noches enlutadas;

vieja ciudad de calles salpicadas
por agudos guijarros; malherida
de barrancas que van en una huida
de obscuras y espumosas torrentadas;

vieja ciudad de casas solariegas,
sencillas, buenas, taciturnas, graves,
que al cielo entreabren sus ventanas ciegas

cual si rezaran padrenuestros y aves,
vieja ciudad, te admiro y reverencio
por tu noble vejez y tu silencio.

Plasencia.

Es otra ciudad vieja que está sobre
su peñón meditando cabizbaja,
sin cuidarse que el Yerte, que la faja,
entre las rocas, destructor, maniobre.

El caserío, de color de cobre
bajo el manto de sol que lo amortaja,
cual visión medioeval tiembla y encaja
en el azul una silueta pobre.

Mas, de pronto el torrente se abre paso
entre las peñas y prosigue el viaje
a saltos, con zarpazos asesinos,

y así surge, del lado del ocaso,
una garganta de un horror salvaje
nevada por innúmeros molinos.

Trujillo.

Las casas de vetustos soportales,
de galerías y ventanas viejas,
se avanzan sobre sórdidas callejas
que se van por torcidos andurriales.

En lo alto, las techumbres desiguales
inclinan el rimero de sus tejas,
y arcaicas chimeneas de consejas
a las brujas les hacen sus señales.

Un silencio de huerto abandonado
al pueblucho de Cáceres asedia
y se tiende en sus eras virgilianas;

un silencio que sólo turba osado,
como una evocación de la Edad Media,
el són crepuscular de las campanas.

Santander.

Alzando frente al mar la grácil raya
del blanco caserío, cual la vela
latina de una vieja carabela
extendida a secar sobre la playa,

reposa Santander. Viva, subraya
una oleada de sol la curva estela
de la Alameda Alta, que nivela
jardines y *chalets* en atalaya.

Tiembla en oros la Plaza de Velarde;
la calle Atarazanas, San Francisco
son lo mismo que un gárrulo avispero;

y cuando muere el día, el Faro arde
su pupila febril de basilisco
marcando al navegante el derrotero.

Oviedo.

En la riente planície que circunda
un circo de montañas pintorescas,
duerme Oviedo sus siestas sultanescas
en medio de la calma más profunda.

Luciendo el busto de Isabel II
en su gran claustro de penumbras frescas,
grave Universidad de curialescas
sentencias se hincha en una paz rotunda.

Mas los plazos se vencen. Una aurora
sobre la mole secular delira.
Un nuevo verbo de laurel enflora

las arcadas solemnes. Y una lira
pulsa del despertar la nívea hora.
Es que ha llegado, Oviedo, tu Altamira.

Volando sobre Galicia.

Galicia es la sonrisa del paisaje,
siempre vario, movido y verdegueante:
aquí, erguido en montaña circundante;
allá, entallado por un río en viaje.

Sobre la larga cinta del boscaje
nieva una acequia su claror distante;
más lejos, un torrente rumoreante
entre peñascos se deshace el traje.

Y es el ojo de un puente que vigila
el agua que hacia el valle se desploma;
o el oro del trigal de la pradera

encendido de sol; o la tranquila
beatitud de la aldea que se asoma
al borde de la blanca carretera.

* * *

O es la soberbia aparición divina
de un blanco caserío en la ensenada
de la costa,—toda ella iluminada
por la lumbre de la ola ultramarina.

Mujeres y hombres de una tez cetrina
van hacia el mar, do vuela una bandada
de barquillas: ya tornan de arribada
tras la pesca feliz de la sardina.

Entonces, bajo el sol, mientras las olas
se abaten en la arena con chasquidos
minúsculos, rompiendo sus corolas,

es el ir y venir de los tejidos
canastos, todos llenos de cabriolas
de los argénteos peces recogidos.

* * *

La línea de Monforte es la sorpresa
continua del paisaje: aquí es un puente,
un precipicio, un túnel, una fuente,
un robledal, un monte, una represa;

allá es el bosque de maraña espesa,
el acueducto, el valle y el torrente,
o la venta, o la torre reluciente
que vigila a la turba feligresa.

Y así el tren, como sierpe sinuosa
que se hunde del boscaje en lo más hondo,
va descubriendo tras los horizontes

Quereño, Bóveda, Rubián, Lojosa,
Lugo, Betanzos, Cambre y Abegondo,
perdidos en la entraña de los montes.

* * *

Y por doquiera una mujer ceñida
la cabeza por un pañuelo rojo:
en la vega, en el prado, en el rastrojo,
en la fuente, en la aldea, en la escondida

senda de la montaña, entre la vida
febril de los mercados, en el flojo
vaivén de la barcaza, en el arrojo
de la rústica danza enardecida.

Y doquiera también la adolorada
canción de un alma que se plañe a solas;
el llorar de una gaita atribulada

sobre un deshojamiento de corolas:
que el alma de Galicia es la "alborada"
rodando sobre un prado de amapolas.

Santiago de Compostela.

Campanarios y cúpulas doquiera;
iglesias y conventos en montón;
y eternamente el quejumbroso són
de las campanas en la azul esfera.

La Catedral, como encendida hoguera,
vierte en torno sus llamas de pasión,
y entre las llamas zumba el abejón
del Pórtico con luces de quimera.

Allí el Apóstol que es patrón de España
duerme en paz por los tiempos milenarios
en la penumbra de las piedras graves;

y por eso la fe con furia huraña
arroja de los altos campanarios
la sonora bandada de sus aves.

Vigo.

Cual roto al tajo de espadón gigántico
siglos ha por un cíclope enemigo,
abre su puerto en escenario Vigo
sobre la inmensidad del mar Atlántico.

Y es la blanca Ciudad tal como un cántico
de salvación para los que su abrigo
buscan al huir del fantasmal castigo
del proceloso océano romántico.

Allí, al volver de la lejana América
se hundieron una tarde los galeones
bajo el fuego indomable de un pirata;

y desde la hora de esa lid homérica
parece que en los pétreos murallones
riela un inmenso resplandor de plata.

Pasajes.

El Océano inmenso entra pesado
y silencioso por la estrecha faja;
avanza, dobla cabos, y se encaja
en medio del paisaje desolado.

Allí, entre la montaña aprisionado,
en la quietud de un lago se amortaja,
y en el azul de su cristal baraja
la pesadilla de un peñón airado.

Sobre el flanco de un monte se deshoja
Pasajes, cual tupida enredadera;
y cuando el sol declina en los confines,

en los espejos líquidos arroja,
en un gran resplandor de primavera,
la encantada visión de sus jardines.

Los Vascos.

Es la naturaleza torturada
en una horrible crispación de roca;
es el paisaje torvo que disloca
alguna fuerza indómita e ignorada.

Por las montañas negras va colgada
una selva de encinas. Se sofoca
allá abajo, en el valle, la bicoca
de una aldehuela blanca y asoleada.

Azpeitía, Zumárraga, Tolosa,
Alsasúa, Durango, Amorebieta,
se incrustan en los rudos peñascares;

poniendo la visión esplendorosa
de un palomar oculto en la violeta
sombra de los tupidos castañares.

* * *

Y son los hombres, tal como el paisaje,
rudos, tercos, agrestes y nudosos;
pero buenos, honrados y celosos
de sus fueros, su idioma y su linaje.

Con la faja se ciñen el coraje;
sin quitarse la boina son premiosos;
y al rodar ¡arreyúas! cavernosos
dan la fe de su estirpe y su lenguaje.

Al son del pito y del tambor divierten
sus ocios con zortzicos regionales;
y cuando un santo patronal repica,

graves y austeros su mirar convierten
a la ley y a la fe tradicionales,
cantando el himno al árbol de Guernica.

Vergara.

Viniendo de Anzuola hacia Vergara
por entre las montañas, el viajero
tiene la sensación de un agujero
que hasta el centro del mundo se ahondara.

Allá abajo, en el fondo, la preclara
aldea ríe al sol con el damero
de sus casas. Allí fué que Espartero
con Maroto el "Convenio" celebrara.

Y por eso al cruzar el culebreante
camino montañés, tras cada arista
del pedregal o en medio del bejuco,

creemos ver surgir amenazante
la boina colorada del carlista
o al fraile de rosario y de trabuco.

Bilbao.

Sobre el Nervión, mirando los perfiles
de sus bellas montañas paternales,
hierve Bilbao en luchas comerciales
sano, animoso, sin desmayos viles.

Hierro acarrean sus ferrocarriles
desde los altos hornos industriales
que en el Desierto ponen, espectrales,
sus siluetas de cíclopes viriles.

Mas, apartaos del trajín del puerto;
coged las calles de la Tendería,
de la Cruz, y los Fueros, y al instante

será el milagro de un lugar desierto
donde dicen las piedras su poesía
con un eco muy triste y muy distante.

Goya.

Goya es la burla y el dolor; la risa
que penetra las carnes como un tajo;
el grito gutural de ese pingajo
que cubre la altivez de una camisa.

Es el torvo oficiante de la misa
celebrada en loor del pueblo bajo;
el que supo encontrar en el trabajo
de los que sufren una luz precisa.

Es el Gran Vengador. Pintando reyes
marcó sus lacras con estigma duro;
pintando a los humildes dejó dichos

los fallos inhumanos de las leyes.
Corroe su pincel como un cianuro;
mas su buril liberta en los *Caprichos.*

Zaragoza.

Es una llamarada ante la Historia;
es el antemural del heroísmo;
es el pueblo español, el pueblo mismo
escalando las gradas de la gloria;

es la enseñanza roja más notoria
que dió la libertad al despotismo;
es la prueba también que del abismo
se sube, si hay entraña, a la victoria.

Frente al ciclón de batallones hechos
a hacer de las ciudades tabla rasa,
se alzó la turba indócil y haraposa,

y supo el vencedor que tras los pechos
de los que defendían cada casa,
estaba inexpugnable Zaragoza.

La Jota.

De pronto, en la guitarra un raudal brota
de notas juguetonas y floridas,
y es entonce en las frondas recogidas
el revuelo triunfante de la jota.

Ríen las faldas de color su nota
con los giros y bruscas zambullidas,
y en torno de las mozas encendidas
un redoble de crótalos explota.

Y es la danza como un chisporroteo
de brasas vapuleadas; un portento
de corolas brincando en la pradera;

un canto patriarcal; un devaneo
de mariposas que deshoja el viento
en el jardín azul de la quimera.

Huesca.

En las faldas de la sierra contigua,
mirando de La Hoya el gran sudario,
Huesca se está, como olvidado osario,
en el silencio de la tarde ambigua.

Su aspecto adusto y tétrico amortigua
la torre exagonal del campanario
de San Pedro, que se alza sobre el vario
remolino de la ciudad antigua.

Allí fué donde el Rey Monje citara
a sus nobles rebeldes, y con dura
sentencia sobre el suelo dibujara

de una horrenda campana la figura,
por que oyeran los nobles caballeros
que donde manda el Rey no privan fueros.

Calatayud.

Es un rincón de ensueño y de poesía;
un jardín que sombrea una montaña;
un paraíso de belleza extraña
reflejado en las aguas de una ría.

Bajo el oro solar del mediodía
ríe festiva toda la campaña;
la torre de un convento el cielo araña;
hierve, como un panal, la Morería.

Y mientras San Martín abre su pulcro
claustro, y brilla San Pedro de azulejos
y es como un alelí el Santo Sepulcro,—

del Jalón en los líquidos espejos
palpita la visión agreste y honda
de una turba que danza entre la fronda.

Barcelona.

Entre las más hermosas capitales,
es una Capital: linda, bullente,
con sus ramblas pletóricas de gente,
con sus grandes palacios señoriales.

Desde el puerto a los montes espectrales
de la Pelada y el Montjuich, rugiente
se desplaza la vida en un torrente
de gestos y de gritos infernales.

Y es el Paseo de Colón, ornado
de palmeras; el Parque con sus tilos;
la Rambla, Santa Cruz, Barceloneta;

los *tramways*, los cafés, el asfaltado,
los edificios de cien mil estilos,
y la bomba que escupe su rabieta.

Gerona.

Gerona es la palabra sacrosanta
del heroísmo emblema: en los jirones
de sus sílabas truenan los cañones
que no consienten la opresora planta.

Sitiada un día la ciudad, levanta
todo un muro de rojos corazones,
y sabe contener los escuadrones
del gran Emperador que al mundo espanta.

Esa ciudad de tan pujante brío,
que en la historia española dejó escritas
páginas de romance y de conseja,

es la misma que hoy vemos sobre el río
paterno retratando sus casitas
con la sana alegría de una vieja.

El Monserrat.

Dijérase la enorme tubería
del órgano ciclópeo de un gigante.
En un escalamiento alucinante
los negros murallones, a porfía,

se amontonan en haz; alguna estría
resquebraja la roca extravagante;
sueltos picachos ponen vigilante
atención en la vaga lejanía.

Y desde las terrazas, que en escalo
de trágicos e indómitos deseos,
trepan por el peñón del Monserrat,—

se ve el tajo infernal del Valle Malo;
lejos, en el confín, los Pirineos;
y allá abajo, el edén del Llobregat.

Los Pirineos.

Barrera de titanes mitológicos,—
monstruosa marejada de peñones,—
sois la imagen de aquellas convulsiones
horrendas que en los tiempos geológicos,

como tremendos gestos paradójicos,
sacudían la tierra, y sus riñones
desgajaban, poniendo apariciones
sobre el linde de sus valles eglógicos.

La cadena de rocas fantasmales
corre al asalto de los horizontes;
llena la inmensidad, y se desborda,

tras el confín, fingiendo colosales
siluetas de ventrudos mastodontes
huyendo entre el espanto de la horda.

* * *

En los Montes Malditos, se levanta
el Aneto, crinado por la nieve,
y es su silueta como aguja aleve
que de la noche el colmenar espanta.

Hacia otra parte, se abre la garganta
salvaje de Salinas, que se atreve
entre los montes negros de un relieve
feroz de pesadilla que quebranta.

Luego, surge del Ara el hondo valle
con su alto Tendenera; de Bucharo
el abrupto rincón, riscoso y fiero;

y más allá, como espantable calle
que se va de los montes al reparo,
de Jánovas el gran desfiladero.

* * *

Saliendo de Barbastro por las granjas
con rumbo hacia Fiscal, presto el paisaje,
de huraño que es, conviértese en salvaje,
lleno de peñascales y de zanjas.

Abrese luego en dos enormes franjas
que estrechan en las rocas el pasaje,
y va el viajero cual si hiciera el viaje
contorneando unos cascos de naranjas.

Así, como una sierpe, culebreando
se adentra aquel camino en la profunda
montaña, abierta en convulsión caótica;

y en las noches de luna llena, cuando
en su sedeña claridad se inunda,
cuaja el horror de una pavura hipnótica.

Tarragona.

Ostenta la ciudad en la colina
su caserío por el sol quemado,
como una multitud que se ha sentado
de un teatro antiguo en la imponente ruina.

Alza la Catedral su peregrina
cúpula octogonal, y casi al lado
es la torre del viejo Arzobispado
que el infinito azul del mar domina.

Cerca de la bajada del Rosario
y contorneando la ciudad, los muros
ciclópeos yerguen su imponente mole,—

fábrica con que un Hércules miliario
amparar pretendió en tiempos futuros
los destinos sagrados de su prole.

Las ruinas de Poblet.

En pocos sitios como aquí divaga
tan solemne y sutil melancolía,—
esa alquimia de dulce poesía
y de un recuerdo triste que se apaga.

El regio monasterio que una maga
inspiración lanzó a la luz del día,
hoy, profanado por la turba impía,
en una mueca de dolor naufraga.

Las pilastras y ojivas, el portento
de las piedras labradas en festones,
alzan sus brazos de clamantes ruinas,

que por los corredores pasa el viento
aullando como un lobo, y los rincones
del claustro invaden hierbas asesinas.

Mallorca.

Mallorca es un flotante paraíso;
una isla de ensueño; una extraviada
perla del Mar Mediterráneo. En cada
peñasco o hueco de su agreste piso,

fulge una maravilla: aquí es un friso
de la Lonja; acullá, es la encumbrada
silueta del Belver; luego la oleada
del regio sol sobre la mar sumisa.

Y es todavía, en Miramar, la costa
afilada de rocas sangrïentas;
las sendas, las ermitas, la pintura

de una palma que cimbra muy angosta;
y por doquier, las blancas vestimentas
del naranjo aromando en la espesura.

Sagunto.

Sagunto es un recuerdo en una huesa;
un nombre ilustre en un terruño ciego;
una ruina que anima un sacro fuego;
una gran voz que de enseñar no cesa.

Es todo el heroísmo que atraviesa
los siglos de la historia, como un riego
de lumbre; es el baluarte que el labriego
no rinde al invasor sino en pavesa.

Contemplando las piedras de su valla,—
dispersas por los siglos tumultuarios,—
en la hora sangrienta de la tarde,

se ve de Aníbal la imponente talla
alzarse con sus rudos mercenarios
sobre una heroica ciudadela que arde.

Las provincias costeñas.

Son la epopeya del trabajo humano.
Sobre la landa inmensa, requemada
por un sol implacable y azotada
por la tromba envolvente del "solano",

el esfuerzo del rústico aldeano,
rudo y tenaz, jornada tras jornada,
ha puesto la visión de una embrujada
huerta que tiene un resplandor indiano.

Donde el suelo reseco se entreabría,
por darle de beber trazó canales;
donde el viento aullador suelto corría,

le atarazó con frondas vegetales;
donde sólo un pantano se pudría,
hizo reverdecer los arrozales:

* * *

y fué así el espectáculo inaudito
de una Naturaleza artificiosa;
la umbría tropical y lujuriosa
que arranca el hombre a un suelo de granito;

toda una floración rampante, un grito
de esmeralda en la tarde misteriosa;
la oleada de perfumes que se aposa
y sube por la noche al infinito;

la huerta de Valencia, en un dorado
resplandor de naranjas; Alicante
prendido por la vid de enredaderas;

Málaga y su jardín; el hechizado
rincón de Murcia; y la visión errante
de Elche, en medio de un bosque de palmeras.

Valencia.

Van las callejas como sierpes huidas
culebreando debajo de las frondas
de los toldos. Las cúpulas redondas
de azulejos, parecen encendidas.

Las balconadas lucen sus floridas
guirnaldas de claveles. En las hondas
vidrieras se iluminan unas blondas
cabelleras de sol despavoridas.

Torres e iglesias, puentes y jardines,
calles tortuosas, regias balconadas,
toldos llenos de sol, aire quemante,

pañuelos y bordados faldellines,
todo anuncia las tierras embrujadas
que se tienden al sud hacia el Atlante.

La Huerta.

Y, desde luego, la encantada huerta
que rige sabio el Tribunal de Aguas.
Apenas abre el Sol sus rojas fraguas
en el Oriente, el campo se despierta:

canta un gallo; acullá chírria una puerta;
albean en la casa unas enaguas;
de los naranjos sobre los paraguas
gotea el són de una campana alerta;

va un carro matinal hacia el mercado;
sobre el surco se plasma un campesino;
lejos, fulge un trigal cual lago de oro:

y en un gigante río desbordado
se vierte la cosecha en el camino
del puerto que almacena su tesoro.

Albufera.

La marisma se anuncia desde lejos
por su acre aliento. Y luego, es la Dehesa,
Soler, Mata del Fang,—que ya no cesa
el agua de anunciarse en cien reflejos.

Surgen así en los líquidos espejos
de grandes arrozales la sorpresa;
los pinos y retamas que a la aviesa
arena oponen sus cercados viejos.

Desde el fondo de aquella cuenca bruja
donde vegetan numerosas almas
del trabajo en la ruda penitencia,

se ve del Picasent la pétrea aguja,
los montes del Desierto de las Palmas,
y los duomos azules de Valencia.

Jativa.

Es la ciudad morisca adormilada
del Bernisa a la sombra complaciente:
en su alma plañe un gran rumor de fuente
vertiéndose en la taza marmolada.

Su pintoresca calle de Moncada,
como en un sueño del hermano Oriente,
nos conduce hasta el Ovalo—indolente
paseo lleno de una paz soleada.—

Pero el alma se vuelve sin segundo
hacia aquella otra alma aventurera
nacida aquí y muerta en cualquier parte;

y entrevé, en su pasado vagabundo
salpicado de sangre, al gran Ribera
iluminado por la luz del arte.

Alicante.

Por la senda de cactus adelante,
atrás dejando muros y bastiones,
se llega a los sombríos murallones
del Castillo. A sus pies está Alicante.

Vibra, allá abajo, el puerto rutilante
con una selva ideal de embarcaciones,
y le ciñen con sus verdes plumones
las palmas del paseo rumoreante.

Las callejas cruzándose amontonar
el viejo caserío. Alguna torre
destaca en el azul sus baldosines.

Más allá está la Huerta que coronan
las montañas violetas en un horre
de fantasmas ahogando los confines.

Murcia.

En medio de su huerta lujuriosa,
cual selva tropical, es la gitana
ciudad lo mismo que una gran fontana
toda de mármol, clara, luminosa.

Una turba que brilla milagrosa
con la lumbre de su veste aldeana,
se aprieta en el Mercado, se desgrana
allá en la Platería tortuosa.

Dijérase una blonda primavera
deshojando sus rojas amapolas
y sus vivos claveles en los lares

del dios Pan, a la sombra de una higuera,
mientras rueda en la tarde, en ritmo de olas,
un aliento de blancos azahares.

Elche.

Es una evocación, un sobresalto
de paisaje africano. Un caserío
blanco de cal, desnudo, chato, frío
muerde con sus pretiles el cobalto

luminoso del cielo. En un asalto
de fronda tropical, llegan al río
las palmas de esmeralda, y su atavío
alzan plumeros de milagro en alto.

Hay un puente ojival, roído, viejo,
sobre el Vinalapó, tardo, sin agua.
Plasma un duomo la luz de su azulejo.

El aire tiene pesadez de fragua.
Y de pronto, en el aire, gira y sube
del polvo cegador la parda nube.

Málaga.

Sobre el Mediterráneo acorralada
por los montes de la sierra vecina,
y por las aguas del Guadalmedina
perpendicularmente atravesada,

la espléndida ciudad abre su rada
como una aparición ultramarina.
A su vera, la huerta campesina,
o la Hoya, se está como embrujada.

Y en la huerta, es el cuerno de Pomona,
hinchado y rico, desbordando en una
cascada fabulosa de limones,

naranjos, higos, nísperos; de anona,
de granadas, de almendras, de aceitunas;
y algodoneros, vides y melones.

Cádiz.

Es la ciudad divinamente blanca
dormida en su peñón, que el mar azota,
lo mismo que mirífica gaviota
que la fatiga de un gran vuelo estanca.

Sobre el azul del oceano enanca
sus piedras soleadas, y abarrota
de miradores la altitud devota
en un arranque de alegría franca.

El Parque Genovés y la Apodana,
el Recinto del Sur y los bastiones,
la Catedral, las torres y la Aduana,

todo se alza en turbión de apariciones
ante el poeta de inmortal deseo
para hablarle de su Montevideo.

Andalucía.

Es la tierra solar del sensualismo;
es la Vida en cojín de terciopelo;
un gemido de amor como un desvelo;
el resplandor de misterioso abismo;

es la gracia surgiendo al exorcismo
de la gitana que desnuda un velo;
es un trasunto del lejano cielo
soñando, aquí en la tierra, su ostracismo;

es toda la alegría pizpireta
de la existencia, macerada en gomas;
es un fluvial revuelo de mantones

al compás de la ronca pandereta;
es el desmayo azul de los aromas
en un rojo jardín de corazones.

Los toros.

Mucha lumbre y color en los "tendidos";
en la arena, vivientes meteoros.
Suena el clarín y empieza de los toros
la lidia entre un concierto de silbidos.

Picadores y capas, muy floridos
de sedas, de alamares y de oros,
se van al "bicho". Formidables coros
piden caballos que no estén heridos.

Luego, un banderillero se apareja;
elude, en un vaivén, la atropellada,
y el "par de lujo" en el morrillo deja.

Y, por fin, todo en ascuas, el espada,
tras unos "pases" de muleta, reja
en los "rubios" su rígida estocada.

Sevilla.

Una torre morisca y su veleta;
un Alcázar como una filigrana;
un jardín de misterio, una fontana;
la mole enorme de una iglesia quieta.

Un balcón, una moza, una maceta;
un "colmado" crujiente de jarana;
la pompa aurisolar de la Semana
Santa que cruza en vuelo una "saeta".

Un chasquido de crótalos; las mieles
de un requiebro en la calle; la mantilla
que enflora una cabeza; las canceles

embrujadas; la alegre seguidilla;
un suspiro que pasa entre claveles;
un grito de pasión:—esa es Sevilla.

El tablado.

Forma el humo en la sala una azulina
niebla. En las mesas, grita y gesticula,
ante el rubio licor, la gente chula.
Vive el tablado en una luz cansina.

Pero, hete aquí, por fin, la danzarina.
Palmas y ¡oles! La música modula
una tonada. El "cantaor" enrula
los versos de una copla peregrina.

Vibra entonce, en el sórdido tablado
la serpentina de una danza loca;
el bronco y polvoriento zapateado;

la sonrisa pintada de una boca;
y un mantón que se enrosca sempiterno
bajo una axila de mirar de infierno.

La Catedral de Sevilla.

Es templo y es museo. El arte gótico
talló en primor sus piedras colosales,
y pilastras y ojivas fantasmales.
remontaron en un vuelo estrambótico.

Filtró la luz en un ensueño erótico
al través de los mágicos vidriales,
y en cien mil filigranas patriarcales
el retablo mayor ardió caótico.

Murillo, Zurbarán, Alonso Cano,
escultores y orfebres, magos pulcros,
todos dieron allí su inspiración:

el *Cristo* de Morales, sobrehumano,
la Capilla Real y sus sepulcros,
y esa luz del pincel,—la *Concepción.*

El retablo.

Trasponemos del coro la rejilla
forjada, como cirios fabulosos,
y en seguida el Altar con sus grandiosos
dibujos del retablo en ascuas brilla.

Es toda una calada maravilla
que labraron orfebres milagrosos;
es el leño esculpido en caprichosos
intrincamientos de abacial puntilla.

Hormiguean los nichos de dibujos;
suben las columnatas en delirio
de nardos; los doseles son embrujos

de estalactitas, y, cual blanco lirio,
del recuadro central fulge al reparo
la Virgen que esculpiera Fray Alfaro.

El Alcázar.

Es un palacio cuya arquitectura
se plació en ensoñar en el desierto
un nómade. Gozando el encubierto
follaje de un oasis; la frescura

bajo las palmas gráciles; la albura
de un pozo de agua entre la arena abierto,
imaginó, sin duda, un bello huerto
con arcadas en forma de herradura.

Y así nació el milagro peregrino
de aquel errante cazador de estrellas.
Como a la voz de un mágico Aladino,

surgió todo el vergel de extrañas flores:
el patio señorial de las Doncellas
y el gran salón de los Embajadores.

La española.

Son sus ojos dos noches del abismo,
dos lagos de tinieblas estancadas,
que arden, de pronto, en vivas lumbraradas
como bajo la cruz de un exorcismo.

Son sus labios dos rosas de erotismo,
dos brasas de carmín, regocijadas
por un hilo de perlas graneadas
que albean en un límpido espejismo.

Su cuerpo es un fluvial destrenzamiento
de líneas que se quiebran y rehacen
con un ritmo interior, acompasado;

es una flor de carne, cuyo aliento
en las noches de amor soñar nos hacen
con la imagen eterna del pecado.

*
* *

El mantón de Manila que la envuelve
con su larga caricia voluptuosa
finge un búcaro esbelto, en que una rosa
de su alegría el resplandor disuelve.

Si al pasar un donaire nos devuelve,
la mirada arrastrando maliciosa,
el corazón se va tras de la hermosa
y ya jamás a nuestro pecho vuelve.

Su gracia es una sed desconocida
que nos consume en ardorosa fiebre,
que en llamaradas hace arder la vida;

y si hay algo en la vida que nos quiebre
como un cristal, es la sonrisa roja
que sobre sus dos labios se deshoja.

Córdoba.

Callejones tortuosos van, perdidos,
por doquier, y de pronto los ataja
traidoramente una casucha baja.
Hay plazuelas ocultas, como nidos.

Salta el Guadalquivir con atrevidos
arcos, un puente de moruna faja;
y más arriba de la Puerta, cuaja
la Catedral de mármoles floridos.

Es una ciudad triste que despierta
tras un largo y letal encantamiento
y de terror se encoge, culebrina.

Es una ciudad torva, casi muerta,
que se engaña con el deslumbramiento
de su antigua grandeza. Es una ruina.

La Mezquita.

Es lo mismo que un bosque de palmeras
cuyas frondas en óvalos y arcadas
tejieran un palacio de encantadas
columnas guarnecidas con ojeras.

Es un delirio de humo de ligeras
voluptas coruscantes que las hadas
de algún cuento oriental con sus nevadas
manos plasmaron sobre las quimeras.

Es el arte labrado en arabescos,
con tropical y ardiente fantasía,
para alzar en los patios gitanescos

un capricho floral de brujería,
toda una selva de árboles burlescos
recortados con sabia geometría.

Ronda.

Por el tiempo y los soles patinados,
por los hombres también semi-derruidos,
de recientes covachas invadidos,
aquí y allá de hierbas asaltados,

los viejos muros árabes, porfiados,
aún vigilan de Ronda los pulidos
caserones, que duermen sumergidos
en la paz de los tiempos olvidados.

Pero, en Ronda de súbito el paisaje
se quebranta en la plácida llanura,
y es la visión entonces imponente

de un tajo a pico en un rincón salvaje,
donde ruge invisible, en la espesura,
un río despeñado bajo un puente.

Granada.

"Quien no ha visto a Granada no vió nada"
dice el dicho vulgar sin embustera
seguridad, que si antes joya fuera
hoy de España es la joya más preciada.

Como odalisca vive reclinada
sobre el Genil y el Darro, zalamera;
y bajo el combo de la azul esfera
de azahares está como enervada.

Hay en sus torres como el desasirse
que trazan los adioses de un pañuelo
cuando se parte para no volver;

y se comprende a Boabdil que al irse
volvía la cabeza sin consuelo
llorando el triste como una mujer.

La Alhambra.

La Alhambra es un joyel que han cincelado
los buriles de innúmeras arañas,
persiguiendo con sus líneas extrañas
la visión de un jardín entreverado.

Las columnas en el patio soleado
de los Leones son como espadañas;
las arcadas y cúpulas, marañas
de un soberbio tisú afiligranado.

¡Con sus muros de estuco todo en flores,
vibran las salas; son como de encajes
las celosías; y el rincón pequeño

de Daraxa disputa sus primores
a la Sala de los Abencerrajes,
sobre un nido de aromas y de ensueño.

***

¡Portento de tan grácil estructura
que la mente arrobada ya no atina
a discernir si son de muselina
los primores que borda la escultura!

Brotan del suelo en floración madura
las columnas, y un arco las culmina,
tal que los brazos de una danzarina
que los alzara en lánguida apostura.

¡En tanto, los calados y dibujos,
las filigranas, cintas y festones,
en tremenda eclosión de primavera,

traban la urdimbre de sus lazos brujos
y hacen trinar al sol los eslabones
de una fluvial y loca enredadera.

***

Allí duerme el ensueño de una raza;
perdura el resplandor de su poesía;
llora una estrella; tiembla la armonía
de una canción que el viento despedaza.

Allí su adusta y perezosa traza
ciñe de un albo tul la morería;
allí amanece, al tramontar, el día
entre un beso de amor y una amenaza.

Allí está toda la ancestral tristeza
del hombre vagabundo en el desierto,
de la mujer sin esperanza alguna...

que todo aquel joyel se despereza
con la hierática actitud de un muerto
bajo un rayo imantado de la luna.

Hacia Sacro Monte.

La Carrera del Darro es un conjuro
de brujas en un sitio tenebroso.
Contra el zanjón de un cauce pedregoso
lleno de hierbas y de fango impuro,

rampa la acera, y al opuesto muro
tiende, de trecho en trecho, un brazo astroso
para unir las casucas que del foso
levantan su miseria en gesto duro.

Una torre; un enjambre de ventanas;
pedruzcos sueltos; curvas bovedillas;
balconadas de hierro muy ancianas;

y al frente, un gran peñón en sombra bruna
que sueña con ignotas maravillas
cuando tramonta el disco de la luna.

***

Desde el Paseo de los Tristes, todo
melancólico de árboles en fila,
se ve el Generalife que vigila
los horizontes con tranquilo modo.

Luego, es la Cuesta de Chapiz en lodo,
que sube hasta la Albaida, y se deshila
en la senda escarpada, color lila,
del Sacro Monte en el primer recodo.

Culebreante, empinada, repta, sube,
mostrando sus cavernas como escamas
obscuras en los ríspidos peñones;

y hay por doquier de chicos una nube,
hombrazos de ojos negros, todo en llamas,
y desgreñadas hembras, en jirones.

***

Entonces, desde lo alto del Convento,
toda Granada al ocular se entrega:
la Alhambra, el Albaicín, luego la Vega,
las montañas de un tinte ceniciento.

Y es, por doquier, como un purulamiento
de terrazas nevadas; una ciega
floración de cipreses; la andariega
cinta del Darro bajo el firmamento.

Aquí, un macizo verde de jardines;
allá, una torre blanca, en estandarte;
la hondonada que ahoga un caserío;

y lejos, en los lívidos confines,
la cadena de montes con su parte
superior tiritando bajo el frío.

El Torcal.

Saliendo de Antequera por la ruta
de Málaga, el viajero pronto observa
que el pintado paisaje no conserva
su alegría, y en lóbrego se muta.

Luego, cada vez más, la roca bruta
imperando doquier, su ánimo enerva,
hasta que al fin, en horre, una caterva
de monstruos se alza en la planicie hirsuta.

Es tal que una ciudad petrificada
por algún formidable encantamiento;
una ciudad que yergue, demudada,

sus brazos de pavor y sufrimiento
al cielo, toda muda y despeinada
bajo un viento de horror,—un negro viento..

Jerez.

Blanca, limpita, alegre, toda llena
de cantares y besos rumoreantes;
prendida de jardines lujuriantes
que la perfuman como una serena

noche del Ecuador; tibia, morena,
se aparece Jerez a los viandantes
coronada de vides coruscantes,
como un trasunto de la tierra helena.

El murmullo solar de las cigarras
llena toda la paz de los vergeles;
racimos de oro tiemblan en las parras;

aroman por la noche los claveles,
y entre un gran bordoneo de guitarras
destrenza una mujer coplas de mieles.

(Bruscamente, tras el postrer miraje, es la vuelta del poeta al peñón enhiesto de su tierra nativa. Y entonces, como en un brusco despertar, sus ojos llenos de azora-

miento buscan en torno la fúlgida visión desparecida. Sólo la inmensidad del mar está allí, frente a él. Una barrera de ondas amargas le aparta de aquélla, como otra barrera de ondas azules le separa del cielo. Un compás de desaliento y de nostalgia. Luego, otra vez, la divina llama del amor inextinguible por lo que es grande y es eterno. Consciente el poeta de lo que quiere y puede, pero orgulloso siempre de ambicionar más alto que sus fuerzas, porque sólo las almas altivas saben de las osadías de las águilas, remata así su madrigal:)

Envío.

He dicho tu poema, España mía,
con toda la pasión de mi pintura:
si hasta ti no llegó, es que tu hermosura
supera la más alta fantasía.

Soñó mi verbo que alcanzar podría
tu espíritu inmortal, tu línea pura,
y encerrar de la estrofa en la estructura,
como en lámpara de oro, tu poesía.

Mas, si el verso no fué cual yo quería,
ni ardió en resplandeciente vestidura,
algo hay aquí que triunfa todavía:

es otro verso oculto, que murmura
levemente, entre líneas, su armonía;—
el verso inmaterial de mi ternura.

Febrero de 1923.

CANTO A AMÉRICA

1892

CANTO A AMÉRICA

I

Siglos y siglos tras el mar adusto
vivió escondida la encantada tierra.
Su formidable cordillera heroica,
sus hondos valles, sus sonantes rios,
sus bosques centenarios,
sus pampas infinitas,
y en medio de los montes y las selvas
sus grandes capitales, hormigueantes
de gentes, guarnecidas de tesoros,
ilustradas de nobles monumentos,
—todo ese mundo fabuloso y virgen
aislado por la doble
inmensidad del mar — ni sospechados
fueron del mundo antiguo.
Allá, en las viejas tierras africanas
y en las del Asia, cálidas y rojas,
pueblos y reyes su existencia ruda
desenvolvían bajo el Sol: soberbios
monumentos, y templos, y ciudades
testimoniaban el poder del hombre;
grandes batallas, su pujanza invicta;
osadas aventuras, su denuedo;
leyes y credos, su ambición y espanto;—

pero, viviendo heroicos y bravíos
en un turbión de luchas y conquistas,
no supieron jamás de ese otro mundo
que allá, tras de las ondas,
se erguía colosal como un milagro
de la Naturaleza.

No obstante... allá, en los tiempos luminosos
de la Hélade inmortal, un pensamiento
altivo y soñador, eterno y claro,
se volvió hacia la bruma de los mares
e interrogó la Esfinge.
En medio de la noche
que envolvía su edad, el visionario,
desde la torre de su amor excelso,
como un vigía,
como un vidente,
como esos locos de locura inmensa
que viven en su siglo de otros siglos
a venir la verdad y el sentimiento,
presintió tras las ondas misteriosas,
allá en la ignota y vaga lejanía,
la Atlántida inmortal, la tierra-cuna
de otra estirpe de humanos.
¡Oh, razón soberana! ¡entendimiento
anhelante de luz! ¡sediento espíritu!
¡fuerza inmortal que vibras en el alma
de los hombres,
para marcar el rumbo en la derrota
del progreso,
para abrir en el seno de la duda
el camino de luz de una conquista,

para lanzar hacia el futuro ignoto
la simiente inmortal que otro profeta
recogerá tremante de esperanza
y en una floración de realidades
hará lucir al sol, sobre las turbas,
al través de los tiempos y los climas,
contra todas las fuerzas y rigores,
a pesar de los mismos cataclismos!
Del grave soñador que en tierra helena
presintió tras las ondas
el triunfal continente,
a ese otro soñador que en tierra hispana
sus barcos temerarios
con afanes previno,
¿no hay acaso al través de las edades
un vínculo de luz, una armonía,
un concierto, un afán, una segura
vinculación espiritual que sigue
porfiadamente,
sin una tregua,
sin un reposo,
sin un desmayo,
el rumbo de una idea redentora,
el triunfo de un ideal inmarcesible?
El alma de Platón es el aliento
que sopló de Colón las carabelas;
y cuando tras las brumas
se irguió la tierra extraña,
en la luz matinal del horizonte,
más que del Sol el rayo nunciatorio,
vibró del genio el inmortal destello!

II

¡Venid a mí, alientos soberanos!
¡Soplad en el cordaje de mi lira
Leviatanes del viento!
¡Roncas cascadas, clamorosos ríos,
aulladores volcanes
erguidos en un circo de montañas,
prestadme vuestro acento!
¡Dadme la voz, tajante y convulsiva,
que entone al paladín de las Españas
un canto secular; que en su concento
traiga la estrofa fulgurante y viva
que de su gloria el inmortal chispazo
celebre con frenético aletazo!
¡Espíritu del Numen, fuerza invicta
que riges con amor el universo,
inspiración sagrada y vencedora,
llena todo mi verso
de lumbre cegadora;
haz centellar cual astros mis vocablos;
desata en cada ritmo una armonía;
que crucen como fúlgidos venablos
del resplandor del día,
mis loas soberanas;
que mi voz, ascendiendo al firmamento,
llene el ámbito azul y las arcanas
eras del porvenir; que el pensamiento,
radiante como un Sol, vasto y profundo,
unja con los ungüentos de la gloria
al Gran Conquistador del Nuevo Mundo!

¡Salve, Colón! Profeta de una idea,
Vencedor del prejuicio, Visionario
de la Verdad, audaz turiferario
de la Conquista!
¡Inmenso creador que un mundo crea
extendiendo sus manos,
sus manos amorosas,
como un ciego divino,
hacia el ocaso de inflamadas rosas!
¡Salve, Señor de los americanos!
Abuelo de la estirpe que el camino,
sobre la nueva tierra inmarcesible,
va floreando de lirios y de glorias,
porque su alma ha heredado del Abuelo
la Fe, como una roca inconmovible,
y el Valor, que es cincel de las victorias.
¡Salve, Colón! Mi loa soberana,
mi loa que triunfa del olvido,
te presiente en la nítida mañana
en que sobre tu nave capitana
el rumbo diste a lo desconocido;
te adivina en la prora,
los cabellos al viento,
luchando contra todos: con la hora
implacable que surca el firmamento
sin traerte la aurora
del gran descubrimiento:
con el mar traicionero,
con el viento invisible,
contra el hado que tuerce el derrotero,
contra el terror que a las tripulaciones

incita a las feroces rebeliones;
te advierte solo, inmenso,
—solo e inmenso como el mar — clavada
en la azul lejanía
la hipnótica mirada,
y te contempla, al fin, todo tremante,
postrado de rodillas, sollozante
de infinita ventura,
volver hacia la altura
la gratitud radiosa del semblante:
mi loa soberana,
¡oh, Señor de la estirpe americana!
quiere decir tu nombre inmenso y claro,
tu nombre que es la cúspide del hombre,
quiere decir tu nombre
fulgente como un aro
de la divinidad: quiere tu gloria
celebrar con la pompa laudatoria
de una misa feérica,
iluminando en el altar de América
las soberbias grandezas que tus manos
revelaron al mundo:
quiere en la misa de un ritual profundo,
ante el mantel azul de los oceanos,
encender como cirios los volcanes,
desatar en raudales las cascadas
como estolas de plata, y en doradas
espirales voltear los incensarios
de las selvas fragantes,
y ante la faz de las constelaciones
alzar las capitales rumoreantes

cual áureos relicarios
custodios de la luz de las naciones:
quiere cantar tu gloria soberana
celebrando la tierra americana!

III

En línea formidable de batalla
y mirando al través del oceano
aquel mundo lejano
que le opone otra valla
de colosos, crinados por la nieve:
aquí, un titán inaccesible y solo;
allá, un hacinamiento abrupto o leve;
lineándose de un polo al otro polo
en espantosa sucesión de crestas;
subiendo sin cesar con loco anhelo
como impulsados de ambición secreta,
para alcanzar el vuelo
de un mágico planeta;
ensombrecidos los profundos valles
por trabazones de árboles augustos,
y poblados de sustos
los huecos de sus calles;
árido el flanco, trágica la cumbre,
ornada, por las noches, con la lumbre
de algún volcán cercano,
los Andes en el suelo americano
extienden su cadena cual si fuera
el esqueleto enorme
de un vestiglo fantástico o quimera.

Vedlos allá, sobre la exigua zona
de Chile, frente al mar, duros, escuetos,
alineados en línea de batalla,
lo mismo que monstruosos esqueletos.
Oponiendo al Pacífico una valla,
que asciende torva al seno de la nube,
la falange apiñada de titanes
vela la inmensidad; y apenas sube
sobre el arco sutil del horizonte
la nave aventurera,
hay siempre un alto monte
que la denuncie a la falange entera.
Así van, avanzando lentamente
hacia el Norte, empinados sobre el agua,
en una enorme floración demente
de picachos y crestas horrorosas
que arden sobre la noche
como embrujadas y purpúreas rosas.
Bajo el ojo avizor del Aconcagua,
encendido como el de un basilisco,
los cíclopes se yerguen: cual nevado
como el Descabezado;
cual bravo y frío, como el San Francisco;
cual rojo como un horno
como el Maipo, el Antuco o el Osorno;
cual solitario, como enhiesta pica,
así el Juncal; o entre un montón de cumbres
apiñadas en hato,
como la Cruz de Piedra, el Villa Rica,
el Puquios, San José y el Tupungato.

Vedlos, luego, en manadas de tremendos,
de fabulosos monstruos, acercarse
hasta el nudo de Cuzco: son los Andes
del Perú y de Bolivia. Van en sendos
rebaños, por las rutas de Arequipa,
de Puno y Abancay. Pesados, grandes,
sus sombras fantasmales
perfilan sobre el cielo colosales
siluetas de ventrudos mastodontes,
de fabulosas sierpes ondulantes,
de hirsutos catoblepas apiñados
en remolinos de pavor tremante...
Y otras veces, también, encabritados,
bravíos unicornios encelados
clavando con su cuerno
el seno mismo del azul distante.
Y allá van, imponentes, silenciosos,
sobre la inmensidad que se dilata,
bajo el ojo avizor
del tremendo Nevado de Sorata—
gigantesco pastor
de un salvaje rebaño de colosos—
allá van, por las rutas milenarias,
flanqueados por abismos espantosos,
coronados de estrellas solitarias.

Y helos ahí, por fin, en rojo cónclave
de cíclopes triunfales:
en torno de los valles donde cuaja
una quietud de arcadias estivales,
levántanse, gigantes,
al aire las melenas encendidas

con el ardor que sus entrañas raja,
los titanes de fuego. Trepidantes,
rojizos, bramadores,
sus dementes y locas sacudidas
llenan los hondos valles de terrores,
cobrando por su vida cien mil vidas.
Toda la tierra es fuego, y tiembla, y arde.
Todo el espacio es lumbre y centellea.
El fuego, tras los soles, clamorea,
y la lumbre ensangrienta allí a la tarde.
Y la plutónica asamblea se hincha
en formidable círculo de fragua
con el Sangay, el Cayambé, el Pichincha,
el Altar, Antisana y Tunguragua.
¡Tierra del Ecuador! Tierra quemante
como un delirio;
tierra en que el Cotopaxi delirante
sembró el martirio;
tierra que tiembla eternamente, loca
por una inacabable pesadilla,
escuchando el clamor de alguna boca
que arde en la noche
lo mismo que encantada maravilla;
tierra en que el Chimborazo, aletargado,
descanza de sus cóleras rugientes,—
con tu enjambre de teas imponentes
en la gran noche ecuatorial, te es dado
arder lo mismo que un altar sagrado
sobre la paz lilial del Continente!

Y allá, hacia el norte, todavía alcanza
la sucesión de trágicos volcanes,

que rompen de los cielos la bonanza
con sus gestos airados de titanes.
Vedlos enseñorearse
de las alturas con su lumbre ardiente
mientras sobre su base de granito
parecen desgajarse!
Aquél, es el Pocaya; aquél, el Fuego;
éstos, el San Miguel y el San Vicente;
y el otro, el Mont-Pelé, a cuyo grito
se doblegó la humanidad en ruego.
Allí el viejo titán,
el rugiente Colima,
bajo un dosel de empurpuradas nieblas
la formidable cima,
escupe a los abismos del espacio
su saliva abrasada;
y su estertor, en un diluvio ciego,
arroja en inaudita boqueada
olas de fango hirviente, que se expanden
sobre las poblaciones
como infernal manada de leones.
Y el Popocatepelt, el negro monstruo,
de fauces humeantes,
de ijadas palpitantes,
que ruge en el silencio
de la noche imantada
con rugidos de fiera encadenada.
Montañas y volcanes,
ríspidas cumbres, teas fabulosas,
cíclopes y titanes,
rocas enormes, frías, silenciosas,

o encendidas y bravas y tremantes,
de la virgen América atestiguan
la preclara grandeza, las pujantes
virilidades, la ardentía única:
que si, coquetamente, en mil primores,
viste su falda esmeraldina túnica,
su sien, ante los astros, resplandece
coronada de rayos y fulgores.

IV

Con la majestad altiva
de una bella y joven reina,
bajo la luz de los astros
vive la virgen América:
tiene el porte esbelto y noble;
en sus sienes, la diadema
inmaculada del polo;
por entrambos flancos deja
que el tul de los oceanos
donosamente la envuelva;
y en su garganta los lagos
fingen un collar de perlas
azules, desde el mar Ártico,
en la vecindad extrema
de la Alaska, hasta el oriente
donde el San Lorenzo rueda
al Atlántico sus aguas
en corriente gigantesca.
Límpido, enorme el "Gran Oso"
muerde con su ribera

el círculo polar, donde
alzan sus nevadas cuevas
pescadores y esquimales;
el "Esclavo", al sur, se orienta
para enlazarse con una
abrillantada cadena
de ríos al "Athabasca",
al "Wollaston", a la fresca
linfa del "Deer" y al "Churchill"
que en el mar de Hudson cesa.
Y luego, en otro cintillo
de deslumbradoras perlas,
comunicando sus aguas
en soberanas represas,
en sonantes cataratas
y ríos de extraña fuerza,
el "Superior" gigantesco
de olas terribles y crespas;
el "Michigán" que atrevido
en el Illinois penetra;
el "Hurón" que hacia el "Erié"
pasa sus ondas revueltas;
el que, a su vez, por el Niágara,
con rugidos se despeña
hasta llegar al "Ontario"
y al "Mil-Islas", de belleza
primaveral y fantástica,
donde el San Lorenzo llega
para arrastrar por los bosques
de ensortijada melena
todo el raudal cristalino

que contorneando la América
fulge sobre su cuello
con resplandores de perlas.

¡Oh, mi América encantada,
vergel del mundo, soberbia
región do el alma reposa
al claror de las estrellas
más libre, más soñadora,
más orgullosa y excelsa
que en todas las otras cunas
y comarcas del planeta!
¡Suelo bendito do el aura
entona más dulces quejas
donde, incensarios gigantes,
vierten su aroma las selvas,
donde los ríos de nácar
cuentan extrañas leyendas
a las crestas de los montes
y a las capitales regias!
¡Suelo querido, preñado
con el oro de la siembra,
lujoso de cataratas
y de artísticas palmeras,
resonante con el canto
del viento entre la arboleda,
donde las noches de plata
fulguran sobre las sierras
como un gran encantamiento
abierto entre las tinieblas!
¡Cuna de los pueblos libres,
que en rudas lides supremas

hicieron flamear al viento
sus vencedoras banderas!
¡Patria de las almas grandes,
que en las horas de pelea
conquistaron sus derechos
con el vigor de su diestra,
y que vueltos a la paz,
de amores el alma llena,
en las tardes solitarias
tintas de luces bermejas,
soñaron con la concordia
de todas las gentes buenas,
y estrechando en un abrazo
las naciones extranjeras
hizo vendimiadores
de los soldados de brega!
¡Oh, mi América encantada!
de todos los pueblos reina,
gentil señora que portas
cual fulgurante diadema
sobre tus sienes de nácar
y tu rubia cabellera
de las auroras boreales
la pedrería soberbia,
deja que cante tus loas
y tus galas enaltezca,
quien sólo por ser tu hijo
se siente alas de poeta.

V

¡Escuchad! ¡Escuchad! Allá a lo lejos,
rugiendo con furor, enardecido
como fiera que acosa la jauría
con su ronco ladrido,
llenando la extensión con el pujante
clamor de su ardentía,
humeantes los flancos, espumosas
las fauces, las melenas
desgarradas por zarzas espinosas,
inmenso, fiero, arrollador, tajante,
libres las zarpas, sin dogales, suelto,
el Niágara atropella por los valles,
zigzaguea en los bosques, vuela, salta
avanza, hierve, se amontona vuelto,
torna a correr con cólera más alta,
cual si buscara en próximos confines
su salvación, huyendo los espectros
de una ronda aulladora de mastines.

Lejos, muy lejos, escondida fuente—
brotando de la tierra entre el halago
de las frondas vecinas—
su linfa transparente
corre por los vergeles pastoriles
y se estanca en un lago.
Después, con otras aguas cristalinas
que bajan premurosas
de los montes cercanos, se hace río
el límpido raudal; y silenciosas

van sus ondas rozando las praderas,
entre suaves declives, sin desvío,
para vestir la tierra con las flores,
encanto de las rientes primaveras.
Y el caudal se acrecienta poco a poco,
atraviesa los prados resonante,
penetra así en un lago
que se infla de repente desbordante:
después, al avanzar, hace un estrago
en medio del boscaje;
desmorona las tierras; con coraje
las rocas de su alvéolo arranca;
y por fin, anhelante de aventuras,
en el gran lago "Superior" se estanca.
Allí es el vasto mar: olas rugientes,
encrespadas y torvas, rememoran
las olas del oceano; las corrientes
del lago inmenso luchan y porfían
para franquear el paso:
al fin logran su empeño, se desvían
y, libres, al acaso,
en un desborde pleno y majestuoso,
penetran en la cuenca soberana
de los lagos que son, por su grandeza,
orgullo de la tierra americana.

Aquella fuentecilla transparente
que brotaba a la vera del halago
de las frondas vecinas,
se ha convertido ahora en el rugiente,
en el inmenso lago,
que no cabe en su cuenca, que desborda,

que se vacía en un caudal hirviente,
que corre, y corre, y corre
de un modo desalado,
de un modo incoherente,
en loco paroxismo,
cual si fuera del miedo espoleado,
o atraído por fuerzas invencibles
desde el profundo y ya cercano abismo.

E hirviendo en frenesí, con loco anhelo,
cual si encontrara tarda su carrera,
a saltos gigantescos la pradera
atraviesa el turbión desmelenado.
Desde lejos su pulso apresurado
tiembla en el aire. Azotan el boscaje
sus jirones de espuma.
Una impalpable y cenicienta bruma
invade ya el paisaje.
Y el monstruo fabuloso
con ronco vocerío,
llega al fin al abismo, se desploma
sobre el inmenso y trágico vacío,
y hay entonces en montes y pinares
un clamor gigantesco de jaguares!
Es el horror sublime de las fuerzas
ciegas e indestructibles;
el triunfo colosal de la Natura:
ante las raudas ondas invencibles,
hasta las intangibles
constelaciones tiemblan de pavura,
—que en las noches serenas y tranquilas,

asciende al cielo el formidable llanto
del torrente, poniendo en las pupilas
de los astros la mueca del espanto!

Allá abajo, en Colombia, el otro monstruo
contesta con su voz atronadora
al Niágara esplendente,
y como si envidiara la sonora
carcajada del férvido torrente,
alzando el pecho inmenso
sobre el paisaje abrupto y carcomido
al vacío se arroja apresurado
con un inmenso y trágico alarido.
Es el negro corcel, el Tequendama,
de las crines revueltas y furiosas,
que atraviesa fugaz sobre la grama,
trepa a las cuestas bravas y rocosas
y encabritado al borde del abismo,
enloquecido, bramador, pujante,
se lanza hacia adelante
a la gloria o la muerte,
trocándose en un símbolo animado
del corazón valiente y esforzado.

Y más abajo aún, en la abrasada
tierra del Paraguay, donde la loca
urdimbre de la selva es más porfiada,
donde es la soledad más imponente,
donde el paisaje se abre en una boca
de cíclope rugiente
mostrando una terrible dentadura

de rocas, aparece como un monstruo
el salvaje Iguazú, de oleadas plenas
y tonantes pulmones,
saltando con furor, y en la espesura
dejando los jirones
de sus blancas melenas.

Es un antro tallado en el paisaje,
donde las ondas, cual aullantes lobos,
llegan corriendo a saltos, entre palmas,
quebrachos, molles, ceibos y algarrobos,
para rodar con frenesí salvaje
hasta el pie de la roca traicionera.
Es un rincón de ensueño y de quimera,
que aureola el arco-iris, que idealiza
el resplandor esmeraldino y tenue
del boscaje cercano; que matiza
la espuma amontonada en la ribera;
que se torna feérico
con los flecos del agua, con las gotas
saltadas del collar, con los pistilos
derramados en hilos
de policromas notas,
con los blancos vapores
convertidos en prismas de colores;
que de pronto se vuelve sobrehumano,
en fuerza de grandeza,
abriéndose en un haz de extrañas flores,
encendidas por dentro con destreza
por la maga varita de un enano.

¡El Iguazú! Gloriosa maravilla
en la entraña del mundo americano
celosamente oculta, porque el hombre
de su pie no pusiera la mancilla
en sus lugares! Fabulosa joya
extraviada en la selva, sin renombre
mundial, porque el Bœdecker en que apoya
su admiración el tonto patentado,
no ha dicho la grandeza de tu imperio!
En el rodar del tiempo, ¡cuántas noches
de plata se han cuajado
sobre tu horror grandioso y desolado!
¡cuántas veces el Sol en el misterio
de tu rincón propicio ha descendido
para trenzar el oro de sus broches
en la gasa lilial de tu vestido!
¡cuántas veces los astros solitarios
soñaron, contemplando las melenas
de tus aguas furentes,
en trágicos Calvarios
por los que van perdidas y dementes
unas desmelenadas Magdalenas!
¡y cuántas otras veces todavía
ante la tempestad que ruge loca,
no se impuso tu ingenua fantasía
a la epopeya de su negra boca!

VI

Por bosques fabulosos, enormes e intrincados.
Como una pesadilla de fiebre y de pavor,

Desenvolviendo grave sus aros plateados
Lo mismo que un inmenso y sagrado pitón,

El Amazonas cruza la tropical América
Sereno, formidable, con imperio fatal.
Es su grandeza única una grandeza homérica;
Más bello y más augusto en todo el mundo no hay.

Desde aquella remota fuente del Ucayala
Nacida al pie del Ande en tierras del Perú,
Hasta el vasto oceano donde hirviente se exhala
Después de haberse unido con el ancho Xingú,

En siete mil kilómetros de bosques y desiertos
El vasto río extiende su cuerpo de reptil:
¡Ninguno tan grandioso llegó a mares abiertos!
¡No puede el mismo Nilo con éste competir!

¿Y qué decir del Plata, del anchuroso río,
Tan ancho y formidable que ya parece un mar,
Que baja culebreando, con sinuoso desvío
Desde las lejanías del alto Paraná?

Monstruoso, apocalíptico, por sus hondas riberas
Huye despavorido si brama el aquilón,
Y entonces son fatales sus cóleras arteras,
Sus cóleras gigantes, de un espantable horror!

Enroscando cien islas la gran sierpe adelanta
Su cabeza escamosa de un terrible poder,
Y al rozar el Altántico su colosal garganta
Se abre amenazadora para imponer su ley.

Y entonces los dos monstruos luchan salvajemente
Bajo el cielo nublado, sobre el vasto confín;
Sus cuerpos se entrelazan, crujiendo horriblemente,
Sus contorsiones fieras llegan el cielo a herir;

Coletazos enormes hacen bullir espumas,
Chasquidos formidables hacen temblar el Sol,
Que si el mar es bravío con sus olas y brumas,
El río no le cede en salvaje furor.

Así, lidiando siempre, con sus golpes certeros
Se hieren la serpiente y el hosco Leviatán:
Salmodian sus combates aulladores "pamperos",
De salvaje relincho y recio galopar.

Y cuando fatigados de su lucha porfiada
Sus olas turbias cambian en un cristal azul,
El río y el océano, en la noche callada,
Se aduermen silenciosos bajo la Cruz del Sur.

¡Mas ved! Allá otras sierpes, otras sierpes enormes,
Se arrastran por la abrupta cuenca del septentrión:
Es el Mississipí y el Missouri deformes,
El Arkansas plateado, y el Ohío veloz.

De los lagos lejanos, de las sierras rocosas,
Bajan serpenteando en rápido correr;
En los bosques ocultan sus curvas caprichosas,
De lo alto de las rocas se despeñan también.

Zigzagueantes, bruñidos, encrespados a veces,
Mas siempre con las luces de un prisma colosal,

Bajo los soles ruedan sus caudas morbideces
Y en las noches hipnóticas tiemblan con luz astral.

Son las enormes sierpes, los ríos soberanos,
Las venas de la América que van al corazón,
Entrelazando pueblos, aproximando hermanos,
A todos confundiendo en un lazo de amor.

Son los caminos que andan, las rutas interiores
Por do corre la vida, de una raza, en tropel;
Las sendas imantadas circuídas de flores
Que parten de una aldea y llegan a un Edén.

VII

Ved los bosques.
Son los bosques que recubren extensiones fabulosas,
contorneando los ríos,
ilustrando los paisajes con su sombra,
al través de las llanuras, al través de las montañas,
y por todas
las regiones tropicales,
como grandes laberintos de zozobra,
como delirios inmensos,
como inmensas pesadillas misteriosas.

Son los bosques
de una vaga poesía soñadora
que las inmensas planicies
recortan
con su arabesco intrincado,
con sus tumultos de ramas, de enredaderas y de hojas,

desparramando a los vientos sus canciones seculares,
sus penetrantes aromas,
como incensarios enormes
en el altar de la tarde grave y roja.

Son los bosques milenarios
de largas barbas de frondas
que en las noches tropicales, largas, serenas y cálidas, melancólicas,
con sus voces
de mil ruidos y cadencias armoniosas,
a los astros les refieren extrañas leyendas indias,
en las que siempre una lágrima tiembla como una hoja;
en las que siempre un recuerdo
flota,
como en las aguas del río
del boyante camalote la corola.

Augustos y esplendorosos,
con sus troncos infinitos y sus raíces raposas,
con sus ramas torturadas,
y sus copas
esbeltas, redondas, tiesas,
llenas de cantos silentes y voces murmuradoras,
lucen, a veces, la gracia
de los ceibos incendiados con sus bellas flores rojas,
el arabesco elegante
de araucarias y palmeras cimbradoras,
el donaire
del banano y de los plátanos de dulces frutas sabrosas,
la grandeza soberana
del ñandubay y el quebracho de corazones de roca.

Son los bosques,
los bosques de entraña torva,
enmarañados, tupidos, trágicos, apocalípticos,
sombríos como la hora
crepuscular, cuyo aspecto parece una pesadilla,
un turbión de espectros, una vorágine, una ola
de fantasmas y terrores,
de cosas
que llenan el corazón más esforzado y valiente
de congojas.
Son los bosques,
en el seno de los cuales un vago misterio flota,
donde a la vuelta de cada
breñal un susto se encorva,
donde el más experto pierde su camino
y al no hallarle tiembla y llora.
Son los bosques,
los bosques del Paraguay, los bosques del Amazonas.

Profundos como el océano,
vastos como él, y también, lo mismo que él sin costas,
conservan celosamente rincones inexplorados;
rutas perdidas, tortuosas;
macizos impenetrables
de maraña, arbustos y árboles, de enredaderas y broza;
islas profundas y claros
donde las fieras se emboscan;
trabazones sobrehumanas de ramajes
que agarrotan
silvestres enredaderas, el "cipó", el "burucuyá",
y la yedra trepadora;

escondidas
barrancas donde se llegan a tomar el sol las cobras;
y entre el boscaje tupido
que alza al cielo la silueta de su örla
como un capricho floral, como un encaje esmeralda,
la invasora
turba de aves, de insectos y de alimañas,
los mil seres que se emboscan,
que vuelan, se arrastran, trepan,
persiguiéndose y amándose
en ignorados combates o con rendidas salmodias.

Son los bosques,
donde no llega la aurora,
con profundos lagos de misterios y de tinieblas;
son los bosques perfumados con la resina y la goma;
los bosques que el viento pulsa
como un harpa gigantesca cuando sopla;
los bosques que a los poetas inspiran sus grandes versos
cuando tremantes y pálidos de inspiración y de gloria
cantan la madre Natura
en sus trovas,
en sus grandes,
en sus encendidas trovas.

VIII

Cuatrocientos kilómetros por lado
tiene el desierto pavoroso y rudo;
todo está muerto allí, todo está mudo:
es el fin de la Vida en un cuadrado.

166595

En el Sahara, inmenso y desolado,
pone el oasis su vernal escudo;
en Atacama, no, — que nunca pudo
en la piedra nacer el arbolado.

Y es aquella amplitud alucinante,
hosca, cerril, sin cantos y sin vida,
un antro abierto en medio de la roca,

que no pudo soñar el mismo Dante:
la angustia de un recinto sin salida;
el gran silencio de una enorme boca.

IX

Todo ese mundo colosal y augusto,
palpitante de vida y de belleza,
siglos y siglos tras el mar adusto
vivió escondiendo su imperial grandeza.
Allá en las viejas tierras africanas
y en las del Asia cálidas y rojas,
multitudes hermanas
en épocas lejanas,
del papiro escribieron en las hojas
sus glorias, sus portentos,
afirmando su vida con su canto:
soberbios monumentos
testimoniaban el poder del hombre;
leyes y credos, su ambición y espanto;
grandes batallas, su glorioso nombre.
Pero viviendo heroicos, febricientes,
su vida intelectual y de conquista,

nunca supieron convertir la vista
a la gloria triunfal de los ponientes.
Y, sin embargo, allá, tras de las ondas
tocadas por el cielo, el horizonte
esfumaba otro mundo soberano,
de portentosas frondas,
de extensa orilla y escarpado monte.

¡Oh, América inmortal! De tus serenas
galas no triunfan con sus viejas galas
los otros continentes,
que si en eras remotas el Egipto,
Asiria, Babilonia, Esparta, Atenas
pusieron en sus frentes
los atributos de la diosa Palas,
tú, sola y escondida
en los confines del misterio arcano,
de ondas y nieves por doquier circuída,
para evitar la mano
de algún audaz conquistador de tierras,
tú, sola, allá en el fondo de tus mares,
sin que el genio extranjero hasta tus playas
trajera su virtud, de aztecas, mayas
e incas levantaste los altares,
los grandes templos, túmulos, palacios
preñados de dibujos e inscripciones,
esculpidos con genios tutelares,
de un modo que las piedras seculares
semejan arabescos de festones.
Comalcalco, Copán, Palenque, Mitla,
Chichen-Itza, Uxmal,

ahogados por el bosque y la maleza,
derruídos por el tiempo y por los hombres,
conservan todavía la belleza
que hizo inmortales sus preclaros nombres;—
pero más que belleza, poderío,
esplendor, nos proclaman esas moles
quemadas por los fuegos del estío
en secular prosecución de soles.
El pensamiento llégase anhelante
al borde del misterio, y contemplando
un palacio gigante,
un templo o un altar semi-derruído,
evoca el pueblo que en los tiempos viejos
levantó esos complejos
monumentos de un arte ya perdido.
En esas capitales fabulosas
hirvió una multitud; en esos templos
se alzaron sus plegarias fervorosas;
por los anchos palacios desfilaron
glorias, cortejos, ambiciones, duelos,
todo el boato, el esplendor que fueron,
todo el dolor de aquellos que pasaron
por la vida sufriendo sus desvelos.
Y ante el misterio negro e impenetrable
de aquella humanidad desvanecida
en el antro del tiempo, cuya vida
hubo de ser lo mismo
que nuestra vida, una cadena ruda
de dolor y esperanza,
el alma se acongoja, y ya no alcanza
a sondar el abismo

sin sentir una muda
piedad por tanta aspiración mentida.

Y allá abajo también, el gran imperio,
la Corte del Rey Sol, el de Atahualpa,
oculto en el misterio
con todas sus riquezas,
sus templos de oro, huacas y caminos,
su corte fastuosa, sus bellezas,
sus viejas tradiciones, sus destinos,
durante largos siglos hasta el día
en que dos temerarios capitanes
vinieron con sus gentes españolas
a sorprenderlo tras las negras olas
del sonante Pacífico.

¡Oh, amanecer de América,
pleno de resplandores
con el voltear feroz de los aceros
y el chispear de los ojos encendidos
por la fiebre del oro,
en el que tras el vuelo fulgurante
de los conquistadores,
se abatió la cuadrilla alucinante
de los aventureros!
¡Oh, tragedia sublime de una raza
condenada a la muerte sin un lloro!
¡Agonía tremenda de unos siglos
de orgullo y de esplendor, de una cultura
que fué sobre la tierra, que en su día
el milagro cuajó de su hermosura,
en la entraña de la selva bravía!

¡Doloroso derrumbe de unos pueblos
que orgullo fueron de la estirpe humana,
alzando sus soberbias capitales
lejos del mundo antiguo, en el silencio
de la augusta pradera americana,
al pie de sus montañas fantasmales!
Caupolicán, Lautaro, Moctezuma,
Zapicán, Atahualpa,
—sombras gloriosas, marchitados lirios
del vergel ignorado,—
si fieros fuisteis con ardor de puma
defendiendo una patria,
los martirios
que os impuso la mano prepotente
de un fraile y un soldado,
han aureolado vuestra noble frente
y han clamado venganza al alto cielo!

Y el cielo, estremecido de repente,
ha respondido al formidable anhelo.
¡Mirad! Allá en la cumbre,
en la cumbre más alta de los Andes,
donde brilla más fúlgida la lumbre
del sol que se levanta,
en la cumbre más blanca y silenciosa,
entre todas aquellas cumbres grandes,
de pronto un vuelo todo el valle espanta
con el batir de un ala poderosa.
¡Es tu cóndor, América, es tu ave!
¡Símbolo vivo de tu heroico imperio,
de la fuerza soberbia de tu brazo,
de tu potente y libre majestad!

¡El cóndor formidable,
que no acepta jamás el cautiverio,
que en un brutal y ríspido aletazo
sube al cielo insondable,
como un grito febril de libertad!

¡Es tu cóndor, América! Inflamada
la redonda pupila, tras los montes
observa los remotos horizontes,
las hundidas praderas,
donde corre una homérica mesnada
en medio de un revuelo de banderas!
Y escucha, dilatado el combo pecho,
allá abajo, en el valle resonante,
un estridor de sables,
galopes formidables
y un inmenso alarido vitoreante!,—
que al pie de la montaña,
al través de los ríos y las cumbres,
soberbios de grandeza en sus furores,
iluminados por celestes lumbres,
pasan heroicos los libertadores!

¡Bolívar, San Martín, Sucre y Artigas!
¡Soles de libertad! ¡Nuncios de gloria!
¡Soldados del derecho! La victoria
está como un gran sol de áureos fulgores
sobre el campo inmortal que habéis sembrado
de épicas espigas!
¡Triunfales vencedores!
¡Espadas del gran pueblo americano!
¡Astros de redención del Nuevo Mundo!,—
el cóndor os ha visto desde el llano

trepar hacia la altura, en un profundo
turbión de resplandores!
El cóndor os ha visto
entre el fuego infernal de los trabucos
y el terrible voltear de las espadas
ceñir a vuestras sienes fatigadas
los lauros de Maipú y de Chacabuco!
Os ha visto en la altura del Pichincha
y en el llano feraz de Carabobo
aplastar con denuedo sobrehumano
a de La Torre, el enconado lobo,
y Aymerich en su trono colombiano!
Y os ha visto en Junín y en Ayacucho
vencer a Canterac y prisionero
tomar a de La Serna en la batalla
en un avance tan heroico y fiero
que inútil fué el rigor de la metralla:
en un avance tan terrible y grande
que al fin de la jornada
temblaba todo el Ande
más de horror por la sangre derramada
que por el alarido de victoria
que lanzaba a los vientos de la gloria
la ardiente clarinada!
Y en Las Piedras, por fin, donde los gauchos
de Artigas empeñaron la más fiera
de nuestras patrias lides
para mostrar al continente entero
que eran dignos los hijos de los Cides
de alzar sobre el terruño una bandera,
y de ser libres por su propio fuero!

X

¡Oh, América inmortal! Es tu grandeza
la envidia de los otros continentes:
hay algo en tu recóndita belleza
que hace doblar las más altivas frentes!

Ríe la vida en ti como una aurora;
suena tu corazón de himnos triunfales:
sobre tu frente, límpida, la hora
del porvenir estalla en siderales

relámpagos. ¡Levántate, princesa,
levántate a reinar! ¡Tuyo es el mundo!
La humanidad, por ti ya se empavesa
con las banderas del amor fecundo!

La humanidad, cansada de dolores,
de odios, violencias y venganzas ruines,
sueña con el perfume de tus flores,
sueña la dulce paz de tus jardines!

¡Levántate a reinar! ¡Es el momento!
La humanidad que sufre y que se enerva,
vuelve a ti su amoroso pensamiento,
y de esperanza un resplandor conserva!

La bandera de paz y de justicia
que en el torreón de tu castillo late,
como una mano blanca que acaricia,
que llama a los vencidos del combate,

tiembla en el aire azul, y al mundo entero
dice claqueando en ímpetus sonoros,
que hay en tu seno un triunfo venidero
cual hubo en tu pasado áureos tesoros.

Soberbia reina del vergel, señora
más noble que las cumbres de tus Andes,
reunes en un haz de excelsa flora
a los pueblos más libres y más grandes;

a los pueblos que saben que aquí abajo,
en el mundo de zarzas invadido,
sólo hay una virtud, la del trabajo,
y un premio solo, el del deber cumplido;

a los pueblos que luchan porque quieren
triunfar, y triunfan siempre porque saben
que el desaliento es de los que se mueren,
no de los hombres que en el surco graben

su esfuerzo con vigor de labradores;
a los pueblos que llegan a la vida
con una voluntad de vencedores
quemando los bajeles de la huída,

y ornan su sien de mirtos y de rosas
abatiendo prejuicios y consejas,
y se truecan en urnas rumorosas
con el zumbar de innúmeras abejas,

y con una nobleza soberana
luego tienden sus brazos al viajero,
porque sobre la tierra americana
todos iguales son, — nadie extranjero!

¡Oh, América inmortal! Con tu grandeza
no compiten los otros continentes:
son tus pueblos emporios de belleza
que hacen doblar las más altivas frentes.

Son tus pueblos como una sacra llama
que arde en la noche en luminosos rastros;
son corazones que el amor inflama,
que saben titilar como los astros.

¡Contémplalos! A todos les asiste
una belleza propia, un don precioso:
éste, de oros solares se reviste;
cual un yunque, aquel otro, es armonioso.

El uno, es un espejo de heroísmo;
el otro, de labores patriarcales;

aquí luce el jazmín de un espejismo;
allá el oro de cándidos trigales.

Duermen al pie de ese volcán sañudo,
o sueñan a la vera de ese río;
frente al mar han plantado, aquí, su escudo,
allá, en la selva de un ardor bravío.

Mas, todos están llenos de canciones,
empapados de sol de arriba a abajo;
se oyen himnos de grandes redenciones;
repican los martillos del trabajo.

¡Contémplalos! Son pueblos exultantes
de amor. La vida intensa los domina.
Son pueblos como hermosos caminantes
que van hacia la aurora alabastrina.

¡Contémplalos a todos! Cada uno
luce las armas de su estirpe clara;
una belleza propia; un oportuno
favor con que el Destino le dotara.

Allí México preña sus llanuras
de savia tropical en un derroche,
mientras Señor de todas las alturas
el Popocatepetl arde en la noche.

Allí la América Central ofrece
en un gran resplandor de verde y gualda,
su jardín lujurioso, que parece
tallado en el cristal de una esmeralda:

Y en el jardín de Guatemala, ardiente
con el fuego vibrante de sus montes,
como joyas aladas el ambiente
cruzan los guacamayos y zentzontles;

y en Honduras, los bálsamos y gomas
destilan de los árboles floridos,
espesando los aires con aromas
propicios al amor y a los olvidos;

y en el jardín de El Salvador sus teas
encienden por la noche los volcanes
para teñir las pálidas aldeas
con tocas de rubís y de azafranes.

Y en los de Costa Rica y Nicaragua
las palmeras se yerguen colosales,
moviendo el aire azul de ardor de fragua
con regios abanicos estivales.

Allí el Istmo ciclópeo entre oceanos
su cadena tronchada muestra al orbe

para enseñar que el Hombre con sus manos
sabe apartar lo que a su avance estorbe!

Entre las dos Américas y rotas
en fragmentos brillantes, las Antillas
tal como una bandada de gaviotas
lucen al sol sus blancas maravillas:

Es Cuba, con sus bosques tropicales,
sus ingenios de azúcar, sus palmeras,
sus bosques de algodón, sus tabacales,
la reina de las islas hechiceras;

y Haití, Santo-Domingo, Puerto Rico,
Antigua, Martinica y San Vicente,
tienden, del Yucatán al hórreo pico
de Cumaná, su fabuloso puente.

Allí Colombia entre dos mares fía
el tesoro y el canto de la fama
con las arenas de oro de Antioquía
y el trueno secular del Tequendama.

Y Venezuela, patria veneranda
del gran Libertador de talla homérica
que vindicó los manes de Miranda
rompiendo el yugo colonial de América.

Y el Ecuador, como un infierno vivo
abierto entre los Andes de un hachazo,
arrojando a los cielos el altivo
reto de su salvaje Chimborazo.

Y Bolivia también, en cuya entraña
corren venas de plata, fulgurantes,
¡venas del Potosí! con que en España
soñaron los primeros navegantes.

Allí el Perú soberbio se emancipa
y escala de la gloria la atalaya
en la riente meseta de Arequipa
y en el día triunfal de Chacaltaya.

Allí Chile su enorme cordillera
orgulloso refleja sobre el agua,
y, símbolo encendido, en su barrera
canta la libertad el Aconcagua.

Allí el Brasil con lujos tropicales
amontona sus bosques centenarios,
y frente al mar sus puertos sin iguales
se abren en fastuosos escenarios.

El Paraguay en líricos derroches
de selvas y cascadas, finge un cuento
policromo de las "Mil y Una Noches"
envuelto en una luz de encantamiento.

Y la Argentina, cuyo sol de Mayo
Iluminó triunfal el continente,
es tal que un prisma de inviolado rayo
colocado de América en la frente.

Y el Uruguay, por fin, la patria mía,
reclinado del Plata en la ribera,
que el Sol bajó desde el cenit del día
para hacerlo flamear en su bandera!

XI

¡Oh, patria de mi amor! ¡Vergel querido
incendiado del ceibo con las flores,
donde cada corola es como un nido,
y cada nido una canción de amores!

Joyel de luces milagrosas que arde
prendido al cinturón del continente,
con todos los granates de la tarde
y con todas las perlas del oriente.

Visión de nieve que refleja el río
sobre sus aguas quietas y azulinas,
luciendo el palomar del caserío
todo orlado de rosas y glicinas.

Suelo que tiende en gestos singulares
la suave sucesión de sus colinas,
—tapizadas por verdes trebolares,
prendidas de corrientes cristalinas;

suelo que desenrula con sus montes
la vaporosa magia de los tules,
e incansable se va a los horizontes
imantado por las lomas azules;

suelo encantado donde altivo impera
el ombú como un rey, y donde llora
sus cuitas la calandria, y donde espera,
arrodillado, un rancho de totora:

son tus días como un deshojamiento
de empurpuradas rosas; un revuelo
de abejas de oro; un abrasado aliento
de azahares lanzándose hasta el cielo:

son tus noches de plata como un santo
resplandor que corona al muerto día,—
inmóviles, deshilan el encanto
que baja calmo de la luna fría.

¡Oh, patria de mi amor! ¡Cuna sagrada
y altar de bendición a un tiempo mismo,
en ti se alzó la libertad ansiada,
sobre rojas montañas de heroísmo!

En días de epopeya y de bravura,
en días de salvajes entreveros,
del triunfo inmarcesible hacia la altura
cruzaron al galope tus lanceros.

Y ante la tarde roja e inflamada,
del combate en la ráfaga postrera,
subió al cielo la ardiente clarinada
saludando el flamear de tu bandera.

Rincón y Sarandí, días de lumbre,
sonantes como escudos de combate,
en los que impera una altivez de cumbre,
en los que el pecho de un gran pueblo late;

días grandes, de bárbaro denuedo,
días que son de bronce hasta en sus horas,
abristeis en la historia como un ruedo
de asombro con tus lanzas redentoras;

días del gaucho altivo, cuyas manos
no sufrieron jamás torpes cadenas,
porque supo voltear a los tiranos
de frente, dando al viento sus melenas;

días del gaucho noble, cuyo pecho
latió viril sobre el corcel de guerra,
para darse a sí mismo su derecho,
y, palmo a palmo, conquistar su tierra!

¡Oh, patria de mi amor! ¡Hogar sereno,
lleno de sol, de aromas, de alegría,
donde una madre me enseñó a ser bueno,
y un padre a hacerme la existencia mía!

En tus campos, es símbolo el hornero
del amor de tus hijos al trabajo,
que do plantan su nido, ni el pampero
con su aletazo logra echarlo abajo.

Por eso en las jornadas estivales
lucen al sol en tus sonantes prados
el oro de sus flechas los trigales
y sus purpúreos mantos los ganados.

Por eso en tus ciudades el progreso
triunfa y se expande, se desborda y clama
toda la gloria del vivir: por eso
arde el futuro en tu soberbia llama.

¡Oh, patria! patria! El corazón suspende
el ritmo regular de sus latidos
cuando tu canto nacional asciende
al aire azul en cintas de sonidos;

cuando tu nombre, que bendito sea,
sobre una tierra extraña es recordado;
cuando tu enseña bicolor flamea
aplaudiendo las glorias del pasado.

¡Tierra del Uruguay! ¡Tierra de Artigas!
¡Tierra de mis hermanos valerosos!
¡Que siempre el rumbo del progreso sigas!
¡Que sean tus ideales siempre hermosos!

¡Que brille hasta el confín del continente,
con la luz de sus blancos resplandores,
el astro entronizado en tu alba frente—
nuncio triunfal de todos los amores.

Que bendigan tu nombre, por preclaro,
las naciones hermanas; que proclamen
de tu justicia el deslumbrante faro;
que escuchen tu palabra; que te amen!

¡Que te amen, sí, por noble y justiciera,
por todo el fuego de tu numen santo,
por la sombra de paz que tu bandera
tiende sobre la tierra como un manto!

¡Que te amen cual yo te amo, con cariño
filial, como a una madre bendecida,
porque en tu vida de ejemplar aliño
hallen la pauta de su noble vida!

¡Que desde el Cabo de Hornos a la Antilla
y desde el mar Atlántico hasta el Ande,
tú, la tierra de América
más pequeña y sencilla,
seas por tu hidalguía la más grande!

XII

Pueblos libres de América, encendidos
de nobles ideales, como lámparas
votivas; pueblos grandes, generosos
de dones y larguezas al que lucha,
de recompensas al que tiene hambre
de justicia y razón; pueblos soberbios
que miran al Oriente y no al Ocaso,
porque no saben de la muerte y quieren
vivir el porvenir; pueblos invictos,
por la virtud caballeresca y noble
de sus armas preclaras; fraganciosos
de solidaridad como los árboles;
profundos de piedad como los astros;
pueblos libres de América: el futuro
os reclama. Sonando está la hora
en la mañana azul, echada a vuelo
la gran lengua de bronce;
sonando está la hora, florecida
de jazmines nupciales,
incrustada de sol, con la miriada
de las notas de un himno religioso,
con los chispazos de una fragua roja
bajo el combo gigante del Oriente.

Pueblos libres, ¡en pie!
Ya el mundo antiguo
anegado en su sangre, gemebundo
de terrores, exhausto de energías,
lacerado, deshecho,

todo hirviente de llagas,
trágicamente doblegado como
un espectro que marcha en las tinieblas
dando traspiés, envuelto en el sudario
de sus propios dolores, — retrocede
del escenario que llenó de incendios,
matanzas, violaciones y locuras.
Ahora es vuestro día. Dad el paso
inicial con la fe de vencedores:
sobre un campo de sol poned los lirios
de vuestro pensamiento; que resuene
el aire de alegrías promisoras;
que los ecos estallen en ¡hossannas!,
cual vastas catedrales;
que haya una estrella en cada flor del paso,
y en cada flor un nido.

Entonces avanzad, — grandes y buenos.
Sed grandes por los hombres,
que los pueblos sin hombres son rebaños,
y un hombre solo vale más, a veces,
que la extensión territorial de un pueblo.
Sed buenos y sed libres,
que la justicia y el derecho sellan
los caminos del hombre, sin mezclarlos
en las encrucijadas pavorosas
donde los pueblos dejan los jirones
de su carne, su honor y su ventura.
Y así, cuando el camino se consume,
y en el cenit refulja el mediodía,
sentados a la sombra
de algún árbol en flor, con vuestros ojos

recorreréis la senda,—
la senda ahora llena de milagros:
aquí, una gran columna
lanzando al cielo su clamor de roca
en obsequio de un hombre esclarecido;
allí, un libro que vive con la vida
de un palpitante corazón heroico;
y más allá una fuente cristalina
que aplaca cualquier sed y que perfuma
como un vaso de nardos:
veréis cómo los trojes
rebosan con el oro de las mieses;
cómo vibran sonoras las colmenas;
cómo cantan los yunques del trabajo;
cómo germinan bien todos los surcos.
Entonces, en la hora bendecida
que alcancéis a vivir, en ese instante,
se llenarán de hierbas los presidios
y de infantiles voces las escuelas;
todos los hombres, de confianza llenos
se tenderán las manos, y en sus manos,
en sus augustas manos fraternales,
oficiará una hoz o algún martillo,
nunca el hierro inclemente de una espada;
en los talleres rugirá la vida,
no las voces airadas de la muerte,
y en los campos soleados
llegarán los labriegos
en guirnaldas de risas y de vides,
en chispazos de amor y de ventura,—
hermanos todos sobre el mismo surco;

y, cuando ya en lo alto el sol decline
sobre la paz idílica del campo,
poniendo sus collares de granates
en la garganta de la tarde augusta,
los pueblos de esta América querida,
los pueblos de esta América soberbia,
borrarán sus fronteras en el mapa,—
que ya en el continente americano
todos los hombres libres y conscientes,
todos los hombres buenos y juiciosos,
todas las almas grandes y fraternas,
no querrán poseer más que una sola,
una única patria!

Octubre de 1892.

EL HIMNO DEL MAR

1920

EL HIMNO DEL MAR

El Mar soy, y canto mi propia loa.

Canto yo mi propia loa
porque nadie,
sobre la tierra o el mar,
tiene el retumbo triunfal de mi boca,
ni mis potentes pulmones, vastos como catedrales,
para cantar mi grandeza,
mi salvaje inmensidad,
mis silencios milenarios
y mis indescriptibles cóleras
de inauditos estridores, de martillazos ciclópeos,
[de vaivenes colosales.

El Mar soy, gigantesco y torvo, enigmático y
[tremendo, como un sino;
angustioso, pesado y grande, como un jirón de
[infinito
cuajado sobre la tierra alucinada
en los días primordiales de las tremendas catás-
[trofes geológicas.

Soy el Mar que miro impávido el cielo,—
acribillado de estrellas, tembloroso de puntitos lu-
[minosos, helado de eternidad,—
de igual a igual.

Soy el Mar que ciñe al globo mezquino de los
[humanos, con mi abrazo musculoso de vándalo,
con mis trenzas de aguas,
mis pesadas y mórbidas trenzas
todas prendidas de blancas rosas de espumas,
todas saturadas de fragancias creadoras,
generatrices,
con los olores del iodo, con las fiebres de la sal,
con los hálitos de mi cuerpo
heroicamente desnudo,
que parece el de una extraordinaria amante em-
[bravecida por el celo.

Soy el Mar sonoroso,
que arraigó antes que nada sobre la Tierra;
soy el Mar que de su seno,
allá en el comienzo de los tiempos, cuando el pla-
[neta
se enfriaba entre retortijones titánicos de rocas,
creó la primer vida que fué sobre la tierra,—
—cèlula de sodio,
átomo de vida,
luz de la creación,
espontaneidad,—
la cual ascendiendo lentamente, en el curso de los
[siglos, por la escala de la Vida,

se encarnó y se reprodujo generosamente
en los tres Reinos Naturales que llenan toda la
[tierra
de intrincados vegetales,
de variados animales,
de piedras, cristales, rocas, areniscas y carbones,
cuya vida interior y silenciosa
aún no han alcanzado a comprender los hombres.

Soy el Mar, que ante la lumbre
del Sol orgulloso (ese efebo valeroso de revueltas
[crenchas rubias)
ríe en hileras de risas,
ríe en profundas hileras de olas espumosas,
la risa sana y fuerte de los grandes triunfadores;
y que cuando el Sol, descuidado se aproxima a su
[límite,
se traga al Sol,
se traga al Sol, y al tragarlo, con la garganta
[anginosa de sus olas, lo apaga en silencio,
que es más espantoso que si lo apagara chirriando
[tal que monstruosa pavesa.
¡Soy el Mar que apaga el Sol, rojo guerrero
vencido, entre un piélago de sangre
y un enjambre de amatistas en revuelo!

Y el Mar soy, imponente y misterioso,
tétrico y amenazador, solitario y desolado,
como una pesadilla,
como un delirio de tinieblas,
como un malenströem de formas increadas y ex-
[travagantes,

que me alzo ante la Noche
para atravesarla con mi puñal
y enloquecerla con mi voz que sale de todas par-
[tes y se hunde quién sabe dónde...

El Mar soy y canto mi propia loa.

* * *

Soy un gigante ciclópeo
que me extiendo desde el uno al otro polo,
pesado, grande,
inaudito, profundo,
ciñendo con mis brazos al ecuador del mundo.
Sobre mi pálida frente
orlada por la diadema del círculo polar,—
que aprieta las orillas desoladas
de la Alaska,
la Siberia y la Groënlandia,—
mi hirsuta cabellera,
mi bárbara cabellera toda blanca
por las nieves eternas,
cuaja en macizos de témpanos,
en formidables bancadas de una extensión angus-
[tiante,
se aguza en las crenchas sueltas de los icebergs
[flotantes,
y luego se desenrula en canales y ensenadas,
en estrechos y laberintos, helados
como guedejas monstruosas
desteñidas por los fríos y los años.

Mi vientre, espeso y profundo
en las vertiginosas amplitudes del Pacífico,
se apoya contra las vértebras formidables de los
[Andes
y se extiende beatífico
hasta los países de fuego,
hasta los países magos
del Asia, que me visten con la pompa de sus telas
[y sus joyas,
que me ungen con los perfumes de sus templos y
[sus bosques,
que me adornan
con los rosarios luminosos de sus islas.
En cuanto a mis pies, se hunden
tal que una Patagonia
en la misteriosa cuba del Antártico,
allí donde se apagó la vida
y se encendió el nombre ilustre del capitán Scott.
Soy un gigante ciclópeo,
inaudito, profundo, que engendro siempre el
[horror;
soy el genio que desata
las horrendas tempestades,
el tremendo Adamastor;
soy el titán legendario que peina con vendavales
su cabellera de nieve;
que, encalmado, desanuda sus largas barbas de
[plata
y las deja que desciendan por las corrientes tibias
[del Gulf Stream;
soy el padre engendrador

cuyos brazos oceánicos
ciñen los continentes
por la cintura hidrópica del ecuador.

Soy inmenso.
Soy profundo.

Inmenso, con la inmensidad alucinante del confín
que no se alcanza,
que se aleja cuanto más la nave hacia él avanza;
inmenso con la imponente amplitud
de mi enorme pampa líquida,
entre la que el más soberbio de los grandes trans-
[atlánticos,
es un cascarón de nuez
extraviado en un punto imaginario
que llaman latitud;
tan inmenso que extraviados
en su seno,
van los tristes navegantes cual si fueran
por los abismos del cielo más negros y desampa-
[rados.

¡Y profundo!...
tan profundo,
que el navío más enorme y gigantesco,
que la sonda más lastrada por el plomo,
no logra atravesar la morbidez
de mis ondas verdosas
y trazar su garabato en los limos de mi fondo.

Soy inmenso, soy profundo.

Agobiado por mi peso,
por la masa de mis aguas, por la enorme
amplitud de mi oleaje,
se curva todo entero el horizonte.
Rechazado por el inmenso
caudal de mis aguas torvas,
el dreadnought armado en hierros
flota.

Soy inmenso.
Soy profundo.

Mi inmensidad agobia la más porfiada esperanza,
y por ello es tan horrenda la muerte del que se
[ahoga.
Mi profundidad desafía
los abismos insondables de la humana conciencia,
tan hondos
que tras la última causa
siempre es dable encontrar otra
para un mismo fenómeno.

Soy inmenso como un sueño inacabable; como una
[inacabable pesadilla;
como un vértigo de sombras espesadas en la noche;
como un agujero abierto en la entraña de los
[siglos.
¡Soy inmenso y soy profundo!

* * *

Y soy manso.
Y soy hercúleo.

Cuando surge quieta el alba
con sus cendales de novia, salpicados de azucenas,
y el céfiro, tal que un lebrel fatigado
se acuesta en el blando surco de mis ondas serenas,
toda mi faz
es un cristal
azulado.
Quieto, impasible,
soy lo imponente inconmovible:
hasta el más remoto linde,
ni un pliegue, ni un rizo, ni una coma de espuma
[desaliña
la tersura de mi traje de sílfide.
Mi calma llena de paz los transidos corazones;
mi amplitud puebla de ensueños a las frentes pen-
[sativas;
el aire libre cargado de emanaciones
de salitre, pone ásperos los cabellos,
y reseca los labios
y pica en las pupilas.

A veces, el cielo azul arroja sobre mi espejo
la mentira de una nube algodonosa.
A veces, sobre mi terso
cristal es la anunciación de una vela silenciosa,
que se va a la lejanía, que se pierde en lontananza

como un grito de vida,
como un voto de esperanza.
Y a veces es el vuelo de unas blancas gaviotas
que va ahondando en el aire
con las dos rayas del ángulo de su saeta
en una palpitación blanca
de primavera.
Y entonces en mi silencio vibran, sin sonar, las
[notas
que sólo escuchan las almas.
El silencio está en mí.

Mas despierto, y es entonces
el horror de las fuerzas desatadas.

Los crespones de las nubes
han enlutado el Sol. Un latigazo de fuego
zigzaguea en el aire. Un gran retumbo
asorda la inmensidad. Y de repente,
llega el viento violento, con sus tremendos botes
y sus agrias zarpadas.
Silbando horriblemente
ara tremendos surcos en mi llanura líquida,
y pretende morderme en las entrañas.
Entonces, rebelde,
indomeñable, altivo, seguro de mi fuerza,
seguro de mi eternidad victoriosa,
abro el abismo negro de mi boca
y clamo al infinito mis cóleras tremendas.
Mis olas kilométricas, de una altura espantable,
pesadas,
grandes,

van como catapultas, fantasmales,
al través de la lóbrega inmensidad,
van, llevando en sus entrañas,
las fuerzas desgajantes de las ebrias montañas,
las cóleras asesinas de la fatalidad.
Y arranco de una manotada
su timón a un navío;
entro por su estribor una salvaje oleada
que arrasa todo el puente;
y como un trozo de leño insignificante y leve
alzo en el aire todo el buque y le hundo en mi
[trágico vacío.
Luego, sobre las costas
desato mis furores,
me arremolino en los puertos,
destrozo sus murallones,
y me llevo las anclas,
y afronto de espumas
las viviendas del hombre construídas sobre mis
[playas.
¡Yo soy el invencible! ¡Soy el indomeñable!
¡No hay fuerza que a mi fuerza se le oponga y
[resista!
¡Conmigo va la muerte y la desesperanza!
¡Mi cólera es la cólera espantable
que aniquila la vida
en medio de un ciclón de carcajadas!

¡Soy inmenso!
¡Soy profundo!
¡Yo soy torvo
y soy hercúleo!

* * *

¡Y a veces canto! Yo soy
el viejo cantor que canta
en el aire todo lleno de inmensidad y misterio
la gran canción sin palabras.
Es mi Voz,
la voz de la Inmensidad:
hay en mi voz un timbre
de muerte;
hay en mi voz un son
de Eternidad.
Soy la tremenda voz que sabe los secretos
de la muerte y de la eternidad:
por eso en mi cantilena
larga, eterna,
despiadada,
mezcla de risa y de llanto,
hay la nenia fatal de la desesperanza
y hay como un contracanto de ironía.
Mi Voz es la voz que surge de la boca milenaria
del Tiempo;
la palabra enigmática que comprenderían las estrellas;
un soplo de Noche que sale del Averno
y va hacia el porvenir por una invisible huella.

Mi Voz tiene el retumbo del infinito;
es grave como lo son las cosas milenarias;
es triste como lo son las voces que proclaman

la miseria del hombre,
la mentira de la vida,
el aniquilamiento de nuestra tierra anciana;
mi voz es el lamento
acumulado en los siglos
por todas las generaciones que fueron bajo el Sol
[y bajo el viento.

Yo hablo en sílabas truncas,
en pequeñitas palabras,
susurrantes,
macabras.
Un rumor. Un susurro. Un desflecamiento
de ffff y de ssss.
Con pequeñas oleadas,
minuciosas y tercas,
cacheteo las negras y lustrosas rocas de la orilla,
y digo cosas eternas
con un son de cantilena
monótona y sencilla.
Otras veces, con mis dientes invisibles los duros
[peñascos muerdo,
pacientemente,
interminablemente,
y los voy deshaciendo así en una mezquina arenilla,
para decirle al hombre su pequeñez
y para hacerle comprender la eternidad del tiempo.
(¿De qué rocas lejanas e ignoradas,
procederá toda esa arena
que tú, el hombre, pisas sobre la playa?
¿Cuánto tiempo los guijarros

rodaron, desmenuzándose, bajo el agua?
¿Por dónde los condujo la corriente?
¿Por qué vinieron aquí y no fueron a otra playa?
¿A dónde irás tú, el hombre, cuando te coja la [muerte? ¿cuando la muerte te ruede
como rueda su guijarro interminablemente el [agua?)
¡Yo soy la Voz que dice
la gran canción sin palabras!

* * *

¡Yo soy la Voz del Mar que canto mi propia loa!

Canto mi mundo, más grande
que todo ese otro mundo por los hombres cono- [cido;
este mundo misterioso e ignorado,
cerrado por su llave líquida
mejor que con el mejor candado;
este mundo esplendoroso,
como de ensueño y conseja,
parpadeante de sepultados tesoros,
alfombrado de jardines,
todo henchido de vidas circulantes;
este mundo sin conocidos confines
ni países conquistados por guerreros y navegantes,
de una salvaje fauna,
de una flora extraordinaria,
con sus salvajes montañas

que se asoman sobre el agua,
aisladas,
para trocarse en las islas
que empapa el sol de colores,
y de dorada alegría;
con sus hondos valles sepultados
a nueve mil metros de profundidad,
allá, en el fondo, abajo, muy abajo,
en la más espantosa soledad;
con sus grutas y vergeles encantados
en una media luz de ópalo;
con sus tierras sumergidas,
cual la Atlántida,
tras el horror de un cataclismo inmenso;
con sus grandes buques náufragos
deslizándose en el seno
de las anchas corrientes submarinas,
como fantasmas lúgubres de una tragedia desco-
[nocida.

Canto las innúmeras vidas
que luchan y sufren, se alegran y expanden
en mis entrañas vivas,
desde la célula primordial de albúmina
que en grumo gelatinoso plasma
en un alga minúscula,
hasta los grandes monstruos que con sus excres-
[cencias torvas
ponen una alucinación de peñascos que andan
entre mis aguas. Canto las mil y una formas
extrañas, contorsionadas,

inauditas, terribles,
que mi ebria fantasía
se plació en animar: el henioco y el holocanto
redondos y trabajados
de rayas y dibujos como platos
de alfarería;
el remitríptero que ostenta
erizado en espinas todo el dorso,
cual si exudado su espinazo hubiera;
el terois volador, abanico de espinas;
el terrible gimnoto,
látigo eléctrico; el ostración cornudo,
como un mamífero; el fistularia
mitad saurio, mitad serpiente; el lofio,
con su horrible rostro humano; el colionimo,
la grácil golondrina;
el hipocampo, gusano con cabeza equina;
el trompetero, de bocina alargada;
el tiburón azul, sierra viviente que rueda
en las ondas verdosas donde sus criaderos
tienen las conchas perlíferas;
el agudo pez-espada;
el tautoga, que es tal que un negro y blanco da-
[mero;
el blefario, que va como una luna colgada
de un hilo; el tripulante
argonauta; los castores, los lobos y las focas;
las rayas venenosas, las anguilas retráctiles;
los delfines, danzarines
que danzan sus danzas locas
saltando y zambulléndose en el agua

uno tras otro, cual cordillera en marcha;
la ballena monstruosa,
témpano enorme de una grasa hedionda,
con dos géiseres en las narices;
el miliobates, que tiene
el agudo perfil del águila de las rocas;
el eurypharinx, horrenda
bolsa papilar que divaga
como un ladrón en medio a las tinieblas
de las grandes profundidades oceánicas;
el torpedo, el pez-martillo, de faces
ridículas;
la lamprea, el atún,
el salmón, el arenque, la corbina,
la anchoa, el pejerrey, la lisa, la merluza,
la brótola, la carpa,
el percebe, el bonito, la sardina,
la burriqueta, el congrio, el bacalao,
el sábalo, la trucha,
la ostra y la lapa,
el abadejo, los mejillones,
el cangrejo y el pulpo,—
todos los seres, en fin,
que flotan, se hunden, arraigan o resbalan,
rápidos o pesados, terribles o temerosos en mi
[salado confín,
en un resplandor de plata,
o en una tiniebla vagarosa,
con los movimientos y contorsiones
de la locura y del martirio,

en súbitas apariciones
de una hora de delirio.

Canto la gloria eléctrica
de los celenterados que plasman
en mis ribereñas rocas
madrepóricas
los mirajes luminosos de la física:
la antennularia, que finge
un imán erizado de limaduras de hierro;
el stylaster, que remeda
un árbol todo encendido de cárdenos resplandores;
la tubularia, lechosa como un precipitado
químico;
la antea tentacular,
crisantemo de tentáculos vivos
para agarrotar la presa;
las actinias, cuyo contacto
pica y escuece tal como una brasa;
el rizóstomo de Cuvier, como un hongo que tuviera
las raíces de una muela;
las asterias estrelladas;
las pelagias, las sagartias,
las cianeas melenudas,
flotantes entre las aguas
como extraviadas medusas.
Canto la guerra triunfal, avasalladora, imponente,
de los pólipos y acalefos,
de las poliactinias y octatinos,—
arquetipos del arabesco, locuras de la filigrana,

ebriedad del capricho de las formas quiméricas—
que lentamente
al través de los años, al través de los siglos,
sin medida en los tiempos,
construyeron la barrera kilométrica
del norte de la Australia, y la corona
que ciñe la Nueva Caledonia,
las islas Salomón y las Nuevas Hébridas.
Canto mis grandes bancos de corales,
mis grandes arrecifes de corales
incrustados
por la fauna submarina del ensueño,
con los alcionarios, los gorgónidos,
los penatúlidos y los tubipóridos,
hirvientes de moluscos,
rayados de madréporas, equinóforos y meandrinas,
fosforescentes de penátulas y lucernarias,
enredados de iliantos y cariofilas,
en montones de arbustos,
en pelotas de erizo, en duomos de colmenas,
en excrescencias de pústulas,
en trabazones de ramas
petrificadas,
en confusión de joyeles que relumbran
multicolores
con chispazos de estrellas, con polvos de esme-
[ralda,
con gotitas de sangre, con parpadeos de azufre,
en el seno dormido de las aguas.
¡Canto mis arrecifes de corales!

Canto mis sumergidos jardines,
mis jardines oscilantes,
mis jardines espectrales,
empapados
en una luz difusa, en una luz de ensueño,
trenzados
de fimbrias, filamentos, raíces y cordajes
de vegetales, todos embrujados
de formas extraordinarias, de colores
evanescentes, con mirajes
de selvas apocalípticas, con resplandores
de precipitados químicos,—
luminosos y opacos a un tiempo mismo,—
con trabazones de flotantes cabelleras
y hórridas mescolanzas de ramajes aguzados
en nieblas de encantamiento,
perdidos en el abismo
tales que mágicas peceras
de un cristal verdoso y transparente,
al través de los cuales
divagan unos monstruos líricos
de formas sobrenaturales,
serenamente.
Canto mis terrazas flotantes
de lotus y nelumbios,
de admirables ninfeas y victorias gigantes,
de sagitarios y juncos,
escondidos en los brazos de mis ríos o en los rin-
[cones callados de los ocultos estanques,
con sus soberbios platos de esmeralda, sus grandes
[flores blancas, rojas y azules,

con su espeso varillaje
entretejido como una falda
de fantásticos tules.
Canto todas las algas,
las verdes y las azules, las brunas y las rojizas,
la himantalia de látigo,
la ulva de lechuga,
la agarum toda calada lo mismo que una puntilla,
la macrocystis que adopta la figura
de un cercado vegetal, con sus ramas extendidas
a doscientos metros, llenas
de lanceoladas hojas; las odonthalias,
las corallinas,
las heterosiphonias y claudias
de formas viperinas.
Canto mi mar de Sargasos,
el mar de flotantes algas, de vegetales extraños,
de raíces complicadas,
espeso, torvo, invadeable,
como un banco vegetal, como una tierra flotante,
como una comarca
salvaje y desconocida creada en un remolino
de la locura y el espanto.
Canto mis criaderos de esponjas;
mis nidales de ostras con sus perlas
que vigilan
manadas de silenciosos y terribles tiburones;
mis cardúmenes de peces que emigran
como pueblos desterrados de su comarca;
mis bancos de balacao; mis grutas
escondidas debajo de las islas,

donde sólo llegarán, acaso, los naufragados;
mis submarinas rocas afiladas
como dientes titánicos, desventradores de barcos;
mis viveros de raros caracoles—
el helix, el rostelaria, el nerinias,
el sigareto, el pirulas, el murex, el terebra,
el estrombo, el huso, el colombela,
harmonías supremas
de la espiral, del óvalo y el cono,—
que se irisan en arreboles
de madreperlas y que suenan al viento
con toda la voz del mar, con su tono
de eternidad y con su angustiante lamento
milenario.

* * *

Canto todos mis tesoros,—
los galeones sepultados en el seno de mis aguas;
los templos de roca viva
que apenas la luz del sol acaricia con su oro;
las estatuas
de nieve, hundidas a raíz de un asalto de piratas;
los joyeles y los metales
enterrados en mi limo,
que jamás serán del hombre;
las soberbias capitales
desaparecidas de la faz del día
en la hora torva y desgajante,
angustiosa,
de una tremenda convulsión geológica.

Canto mis grandes volcanes ignorados,
que arden con su entraña de fuego
en mis fondos atormentados,
y que de pronto,
se arrojan con impulso ciego
hacia la superficie, desatando
monstruosas marejadas,
provocando
convulsiones frenéticas en las distantes playas.

Canto mis turbios ciclones,
retorcidos como sierpes
que se alzan sobre la cola y se incrustan en la [nube,
girando,
girando,
girando,
en desalado torbellino;
y van y van, sobre mí, sobre el mar, sobre mi [pecho,
por la amplitud inmensa,
en un impulso asesino,
derecho, siempre derecho,
al través de la inmensidad,
girando,
girando,
entre los cielos y el mar,
girando,
girando,
como una sierpe negruzca, como una tromba [ululante,

como un taladro de muerte,
como un tornillo fantasma,
arrebatando las vidas que se atrevieron
sobre la grave soledad atlántica...

¡Yo soy la Voz del Mar que canto mi propia loa!

* * *

Mar,—
inmensidad de cielo y de misterio,
fuerza inaudita agazapada en la entraña de una [sombra,
jardín infinito de la libertad,
himno de todas las voces creadoras,—
yo soy el Mar, el viejo Mar, el más noble amigo [del hombre!

Yo soy el Mar, que le brindo
la grácil curva de mi lomo,
como una cuna que se mece
murmuradora
para propiciar el sueño y el olvido,
el miraje soberbio de los viajes,
la confraternidad de todas las tierras,
y el descanso en la muerte,
lejos del ajetreo de las capitales,
en un vaivén de mecedora,
levemente,
interminablemente,

Yo soy el Mar azul, el Mar latino,
el Mar inconmensurable, el Mar divino,
el Mar que une todas las tierras
y todos los corazones
como una bandera de Pacificación.

Yo soy el Mar que canta
al oído del hombre,
su palabra vagarosa de un soberano ritmo,
su solitaria, su eterna,
su formidable canción.

Yo soy el Mar que pinta en los crepúsculos
siluetas de eternidad;
yo soy el Mar, que en la noche
arrastra como fantasmas a los grandes trans-
[atlánticos
con una pupila roja;
yo soy el Mar que en los cándidos
días de bonanza,
bajo el azul eterno de los cielos
y sobre el eterno azul de sus ondas,
lleva una vela blanca,
blandamente,
entre los cielos y el mar,
como un salmo de esperanza,
como una blanca gaviota
de paz.

Soy el Mar de los navegantes y de los conquis-
[tadores;
sobre mis olas pasaron

aquellos varones fuertes de animoso corazón:
Marco Polo, Vasco de Gama,
Cristóbal Colón,
Fernando de Magallanes, Vasco Núñez de Balboa,
Alvarez Cabral, Díaz de Solís, Yáñez Pinzón:
grandes alciones humanos;
formidables desafiantes de mi torva inmensidad
desconocida;
tremendas almas de roca
que se hundieron en la noche y en el mar
sobre una frágil quilla
para romper el velo del misterio
y ver lo que ocultaba el más allá;
generosos varones
que afrontaron la muerte y el espanto
sin temblar.
Soy el Mar de los navegantes y conquistadores
que cruzaron, los primeros, mi alucinante ex-
[tensión:
todavía en el móvil espejo de mis aguas
palpitan las siluetas
de las blancas carabelas
que de allá, del viejo mundo, trajo a América
[Colón.

Yo soy el Mar que ha querido
para la España heroica
la grandeza de un imperio colonial,
y que con mi masculino abrazo, en los tiempos, la
[he unido
al paraíso encantado de la América

para entregar al futuro
la nueva raza triunfal.

Yo soy el Mar que separa
el pasado del porvenir;
mas, que al propio tiempo busca,
con la fusión de los pueblos valerosos del presente
la estirpe que ha de surgir,—
la estirpe dueña del mundo,
la que vendrá bajo el Sol
a aprender de mí, la gran fuente creadora,
la ley indestructible
del Amor.

ÍNDICE

Págs.

El viaje encantado al solar español 5
Toledo 17
Burgos 18
Ávila 19
Segovia 19
Valladolid 20
León 21
La Catedral de León 21
Salamanca 22
La Mancha 23
Velázquez 23
Madrid 24
El Escorial 25
Cervantes 25
Aranjuez 26
Guadalajara 27
Sigüenza 27
Plasencia 28
Trujillo 29
Santander 29
Oviedo 30
Volando sobre Galicia 31
Santiago de Compostela 33
Vigo 34
Pasajes 34
Los Vascos 35
Vergara 36
Bilbao 37
Goya 37
Zaragoza 38
La Jota 39
Huesca 39
Calatayud 40
Barcelona 41

Págs.

Gerona 41
El Monserrat. 42
Los Pirineos. 43
Tarragona. 45
Las ruinas de Poblet 45
Mallorca 46
Sagunto 47
Las provincias costeñas 47
Valencia 49
La Huerta 49
Albufera 50
Játiba 51
Alicante 51
Murcia. 52
Elche 53
Málaga. 53
Cádiz 54
Andalucía. 55
Los toros. 55
Sevilla. 56
El tablado 57
La Catedral de Sevilla 57
El retablo. 58
El Alcázar 59
La española 59
Córdoba 61
La Mezquita 61
Ronda. 62
Granada 63
La Alhambra. 63
Hacia Sacro Monte. 65
El Torcal 67
Jerez 68

Envío 69

Canto a América. 73
El Himno del Mar 125

MAXIMINO GARCIA

EDICIONES DE LA CASA Y EN DEPOSITO

IDEAS SOBRE EDUCACION

Por Luisa Luisi.

Estos estudios pedagógicos son el resultado de la observación directa sobre el ambiente vivo de nuestras escuelas. Dice el prologuista, doctor Vicente Mercante: "Conocí a la señorita Luisa Luisi, leyendo sus versos con el mismo encanto con que leía a Teócrito, Sófocles, Darío o Nervo, antes de escribir "Frenos". Me seducían los temas, la forma, la simplicidad elocuente de la estrofa; la manera de ver los fenómenos, de penetrar en los interiores, de sentir el alma de las cosas, en imágenes de una incomparable belleza..."

"Luisa Luisi, como Ada Negri, es educacionista; consagra parte de su tiempo a la literatura didáctica, abordando temas de circunstancias, ya sociales, ya profesionales, que, como los de este libro, son de una concepción madura y se resuelven en indicaciones que se destacan por su penetración y claridad. Pienso como ella, que "el problema de la educación en nuestro ambiente" es moral, ligado íntimamente al carácter y a la cultura..."

EL ULTIMO HIJO DEL SOL

Por Carlos M. Princivalle.

Es éste el primer poema en verso de autor uruguayo que se ha estrenado en Montevideo. Desarrolla un episodio de amor, de fe y de odio, en que se resume un momento y un aspecto de la conquista del Perú por los españoles. $ 0.60.

VIVIR

Por el Dr. Voronoff.

Es ésta la única traducción española de la sensacional obra de Voronoff, sobre la prolongación de la vida, mediante el injerto de las glándulas. A su valor científico une esta obra un alto valor literario, por su hermosa forma, que recuerda la pluma de otro sabio francés: Claudio Bernard. $ 0.80.

PASAR...

Por Mateo Magariños Solsona.

Notable novela uruguaya, cuyos capítulos preliminares se desarrollan en París; pero que es un cuadro palpitante, en su conjunto, de la vida uruguaya, tanto en la ciudad como en el campo. $ 1.00.

EL CAUDILLAJE CRIMINAL EN SUD AMÉRICA

Por Florencio Sánchez.

Estas son unas páginas fuertes del dramaturgo uruguayo, en las que se dibujan, con rotundos rasgos, las siluetas de algunos caudillos. Tiene gran valor documentario y de emoción. $ 0.25.

PRISMAS

Por Teresa Santos de Bosch (Fabiola).

Este es un libro lleno de agudeza y gracia femenina, muy estimado por las mujeres uruguayas. $ 0.65.

MIL OCHOCIENTOS DIEZ

Por Yamandú Rodríguez.

Poema en verso, dramático y en tres actos, en el que se desarrolla un emocionante episodio de la lucha por la independencia en el Río de la Plata. $ 1.20.

RAÍZ SALVAJE

Por Juana de Ibarbourou.

Bajo aquel título, la inspirada poetisa uruguaya ha agrupado su última obra poética inédita, que es, como suya, de gran valor lírico y de encantadora originalidad. Un volumen, $ 1.00.

LENGUAS DE DIAMANTE

Por Juana de Ibarbourou.

Un volumen, $ 1.20.

EL NUNCA USADO MAR

Por Emilio Oribe.

Colección de poemas, dividido en cuatro partes: I **El Libro de Maruja**, versos del amor puro y sereno. II **La Gracia del Aire y del Mar**, visiones del océano y de las playas y ciudades, con sus símbolos celestes y el afán civilizador. III **Oda heroica al viento de las Pampas**, extenso canto en el que se ensaya una forma original, no usada en castellano, con la cual se consigue darle al verso la armonía bárbara del gran viento del Sur. IV **El niño desnudo**, versos íntimos, meditaciones del alma adentro. En síntesis, "El nunca usado mar" no es otra cosa que el espíritu del poeta cantando mientras se halla difundido en el mar. $ 1.00.

ELZEAR SANTIAGO GIUFFRA.—Geografía del Uruguay. Ensayo de Descripción Topográfica y vocabulario de la Nomenclatura Nacional.

PROCESO HISTORICO DEL URUGUAY, por Alberto Zum Felde.

Estudio crítico de la formación social del Uruguay, en sus diversos aspectos étnico, psíquico, económico y político, este libro encara por primera vez el proceso evolutivo de una nacionalidad americana, dentro de los métodos de la sociología positiva, analizando los caracteres que presenta su desarrollo en las diversas fases a través del tiempo, los factores que han determinado los fenómenos propios de su historia, y las

COLECCIÓN ESTUDIO

Alberto Zum Felde.—Proceso Histórico del Uruguay, esquema de una Sociología Nacional. (Para ampliar el curso de Historia) . . . . . $ 1.50

Elzear Santiago Giuffra. — Meteorología y Climatología. Resumen de un curso de Geografía Física dictado a los grupos C y D de la Sección de E. Secundaria y Preparatoria . . . . . " 1.20

Juan A. Scasso. — Gráficos y funciones, obra redactada de acuerdo con los programas de primero y segundo curso de Enseñanza Secundaria y Preparatoria . . . . . " 1.50

Antonio M. Grompone. — Curso de Metafísica . . " 1.50

Alfredo Samonatti. — Vida y acción. Texto para los Cursos industriales. Un vol. de 776 páginas . . " 4.50

Baltasar Brum. — Solidaridad Americana (Conferencia) . . . . . " 0.30

Alfredo Croiset, P. Lallier, H. Lantoine.—Curso de Literatura Griega y Latina, traducida al castellano y preparada con las lecturas de acuerdo con el programa universitario, por **E. Potrie**, un tomo de 440 páginas . . . . . " 1.50

Emilio Frugoni.—Los Nuevos Fundamentos. Discursos pronunciados en la Asamblea Constituyente . " 0.60

E. del Valle Iberlucea.—La cuestión internacional y el Partido Socialista . . . . . " 0.60

La Constitución de la República Socialista de los soviets rusos, comentada por Celestino Mibelli y M. de Vedia y Mitre . . . . . " 1.20

Mariano de Vedia y Mitre.—El Gobierno del Uruguay " 1.00

Gobierno y Administración Locales.—Ley Orgánica. —Mensaje y Proyecto del Poder Ejecutivo. . . " 0.35

Constitución de la República . . . . . " 0.10

Dr. Sergio Voronoff.—Vivir. Estudio de los medios de estimular la energía vital y de prolongar la vida " 0.80

Lauxar. — Lecturas Literarias y Ejercicios de Castellano (1.ª y 2.ª partes) . . . . . $ 4.00
Arturo Scarone. — El Gaucho. Monografía sintética (histórico-literaria) . . . . . " 1.20
Memorias militares del general don Ventura Rodríguez.—Guerra Grande. Defensa de Montevideo. . " 1.50
Gregorio Berman.—El determinismo en la ciencia y en la vida . . . . . " 1.50
Andrés Lamas.—La obra económica de Bernardino Rivadavia . . . . . " 0.25
Paulina Luisi.—Plan y Métodos de Enseñanza sexual. " 0.25
— — La trata de blancas y el problema de la reglamentación . . . . . " 0.25
María A. Gauthier.—Apuntes sobre perspectiva. . . " 0.40
Víctor Arreguine. — Estudios sociales. . . . . " 0.50
Ricardo Cosio.—Sobre administración y contralor de rentas . . . . . " 0.60
Carlos G. Antola.—El colectivismo agrario de Rivadavia . . . . . " 1.00

COLECCIÓN LITERARIA

Ernesto Herrera.—Teatro Completo . . . . . $ 0.80
Alberto Zum Felde. — El Huanakauri . . . . . " 0.40
— — Crítica de la Literatura Uruguaya. . . " 2.00
Edmundo Bianchi.—Perdidos en la Luz (drama) . " 0.40
Wifredo Pi.—Una realidad internacional . . . . " 0.35
Julio Herrera y Reissig.—Cuentos y Críticas . . " 0.90
S. Rusiñol.—El Místico . . . . . " 0.25
Mateo Magariños Solsona.—Pasar... (novela) . . " 1.00
Leopoldo Lugones.—Poesías . . . . . " 0.25
Yamandú Rodríguez.—1810 (Poema histórico) . . " 1.20
Ed. Acevedo Díaz.—Lanza y Sable (novela) . . . " 0.80
Ismael Cortinas.—René Masón (comedia) . . . . " 0.60
Enrique Erserger.—El Mesías (novela) . . . . " 0.50
Estudio. La nueva Constitución de la República . " 0.10
E. de Salterain Herrera.—Ansiedad. Cuentos . . . " 0.80
Vicente A. Salaverri.—Este era un país... (novela) " 0.80
Solano A. Riestra.—Ladrillo viejo. Cuentos . . . " 0.80
Elías Regules.—Versos criollos . . . . . " 0.60
Otto Miguel Cione.—¡Maula!... Premiada en el concurso de "El País" (de Buenos Aires). . . . " 1.00
Dardo E. Clare.—Los corazones ardientes. Versos . " 0.50

EL CORAZÓN DE MARÍA

de trama menos experta, pero con capítulos que llegan al «sublime patético escalofriante» como expresó el miembro de la Real Academia Española, don B. Morales de San Martín.

DEFORMARSE ES VIVIR...

bello volumen que figura en la «Selección de novelas breves» de la Editorial Cervantes de Barcelona, entre trabajos de Tolstoy, Dickens, Turgueniev, Eça de Queiroz, etc.

CUENTOS DEL RIO DE LA PLATA

espléndida colección de versos en la cual se agudizan las condiciones de cuentista que impusieron a Salaverri desde la aparición de «La vida humilde».

FLORILEGIO DE PROSISTAS URUGUAYOS

donde el seleccionador ofrece muestras de lo que el ingenio uruguayo produjo en los más difíciles géneros del muy difícil arte de escribir.

DEL PICADERO AL PROSCENIO

libro periodístico, pero muy interesante, donde oyendo a los viejos actores nacionales llega a saberse cómo se fundó nuestro teatro.

a39001 008125596b

86/.69
P43c

IMP. "EL SIGLO ILUSTRADO",
de RISSO & AYALA, Impresores